TODA UNA VIDA DE LUCHA: MOLLIE STEIMER
LA REBELIÓN DE UNA ANARQUISTA CONDENADA POR AMBOS IMPERIOS

PRESENTACIÓN

El presente libro tiene como razón principal el rendir un pequeño homenaje a la compañera Mollie Steimer. Bien sabemos que compañeras de la talla de Mollie no necesitan de homenajes póstumos, puesto que su vida entera es un gigantesco homenaje a la libertad y, sobre todo, a la fe en la humanidad. Más no obstante esto, no queremos dejar de señalar que toda la grandeza ética, que toda la entrega por las causas justas que Mollie Steimer demostró en su vida, deben conocerse, deben servir de guía a las generaciones actuales; que todo su caudal de experiencias debe gritarse a los cuatro vientos.

A Mollie le tocó ser testigo de los cruciales acontecimientos que han marcado, definitivamente, la historia del siglo XX.

La revolución rusa es un claro ejemplo de lo que decimos. Mollie Steimer fue testigo presencial, fue testigo activo de este gran acontecimiento.

Dedicamos este libro, particularmente, el compañero Fleshin, y a todos los que luchan, sea cual sea la forma que hayan elegido, para construir una sociedad justa.

Claro está que esta recopilación, que pretende hacer entrever al lector quien fue Mollie Steimer y lo que fue su vida, tan sólo puede reflejar lo que las palabras evocan, pues es imposible a través de una mera descripción los acontecimientos, trasmitir al sentir y el pensar de una persona. Esto seguramente lo hubiese logrado Mollie, pero su modestia era tan grande que siempre rehusaba hablar de ella.

Queremos agradecer a los compañeros Marcos Alcón, Domingo Rojas, Benjamín Cano Ruiz, Proudhon Carbó y a la compañera María Rossell de Cano y obviamente a Senya Fleshin, por la valiosa ayuda que nos prestaron para que este libro pudiese ser elaborado.

Hemos incluido la respuesta a la Plataforma que firmaron, entre otros, Mollie y Senya, por dos razones fundamentales: la primera, por que proporciona al lector una idea clara de lo que Mollie y Senya entienden por anarquismo, permitiendo por lo tanto, conocer un poco mejor la personalidad de ambos revolucionarios y, la segunda, porque todos los problemas que se plantean y a los que se proponen soluciones, todavía están vigentes en el seno del anarquismo a nivel mundial. Esta respuesta fue escrita hace cincuenta años y, sin embrago, la mayoría de los puntos que en ella son abordados parecen haber sido escritos en 1980. O sea que, a pesar del surgimiento de muchas corrientes aparentemente "nuevas" dentro del anarquismo, los puntos esenciales, que para algunos, tal vez están superados y que para nosotros siguen siendo la piedra de toque y el quid mismo de las concepciones anarquistas -nos referimos evidentemente a los dos puntos básicos: autonomía y organización-, aún no son discutidos y aprobados a través de una práctica concreta mediante la cual se haya superado necesaria e inevitable confrontación de diversos y, porque no, hasta antagónicos puntos de vista sobre el

[*] Digitalización KCL, de la edición en papel de "Antorcha".

particular. Es por esta razón que subrayamos la importancia, para los tiempos actuales, de este escrito.

El grupo editor

Tú no puedes volver atrás
porque la vida ya te empuja,
como un aullido interminable,
interminable.

Te sentirás acorralada,
te sentirás, perdida o sola,
tal vez querrás no haber nacido
no haber nacido.

Pero tú siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí,
pensando en ti, pensando en ti,
como ahora pienso.

La vida es bella verás
cómo a pesar de los pesares,
tendrás amigos, tendrás amor,
tendrás amigos.

Un hombre sólo, una mujer
así tomados, de uno en uno,
son como polvo, no son nada,
no son nada.

Entonces siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí,
pensando en ti, pensando en ti,
como ahora pienso.

Otros esperan que resistas,
que les ayuda tu alegría,
que les ayuda tu canción,
entre sus canciones

Nunca te entregues, ni te apartes,
junto al camino, nunca digas
no puedo más, y aquí me quedo,
y aquí me quedo.

No sé decirte nada más,
pero tú debes comprender,
que yo aún estoy en el camino,
en el camino.

José Agustín Goytisolo
(“Palabras para julia”)

VIBRACIÓN DEL MUNDO HA MUERTO MOLLIE STEIMER

El nombre de Mollie Steimer es mucho más que un nombre. Es un símbolo. Una larga vida consagrada íntegramente al ideal, entregada, como se entrega una ofrenda, al anarquismo. Un temperamento prodigiosamente activo y dinámico; un carácter dotado de una cordialidad tan exuberante y arrebatadora que atraía en forma irresistible y conquistaba la voluntad. Era literalmente imposible hablar con Mollie sin caer prisionero del embrujo de su voz. Sin embargo, bajo ese exterior sutil y delicado, en esa pequeña figura, se ocultaba una formidable voluntad gigante, una auténtica naturaleza de hierro. Amenazas, hambres, persecuciones, terror policiaco, ergástulas, cadenas, destierros, fueron incapaces de doblegar ese terco empeño heroico de navegar contra la corriente, de avanzar siempre, con la cabeza erguida, fija la mirada en el lejano horizonte por donde un día, ¿cuándo?, habrá de aparecer la anhelada aurora.

Mollie Steimer ha sido -seguirá siendo- un asombroso ejemplo de constancia, de fidelidad a los principios, de esperanza que no sabe desesperar. Nacida en Rusia en 1897, emigró con su familia a los Estados Unidos, impulsados por el temor a los frecuentes “pogroms”, cuando era todavía una niña. Apenas llegada a la pubertad, ingresó al turbulento mundo del trabajo y al campo del anarcosindicalismo. Y robando tiempo al descaso, después de las agotadoras jornadas impuestas por una burguesía voraz y despiadada que no tenía más ley que su voluntad, se entregó apasionadamente a la lectura y al estudio. Y cuando en 1917, estalló la revolución rusa, que tantas esperanzas frustradas despertó en el mundo de los parias y en cuantos sueños con el advenimiento de un mundo mejor, Mollie se lanzó, con toda la vehemencia de sus profundas convicciones libertarias y todo el ímpetu de sus veinte años, contra el Estado americano, contra el coloso que encabezaba la sombría coalición internacional que intentaba ahogar en sangre -como ocurrió con la revolución francesa- el desesperado intento de manumisión de uno de los pueblos de uno de los pueblos más explotados y miserables de la tierra: el pueblo ruso. Y sintió sobre ella todo el peso del inmenso aparato represivo al servicio de la plutocracia más prepotente, arrogante y feroz del mundo. Fue perseguida, vejada, encarcelada; y finalmente juzgada y condenada a quince años de presidio por el delito más grave en que puede incurrir un ser humano en el mundo del odio: predicar la fraternidad; defendida por el notable abogado americano Harry Weinberger -el mismo que luchó con auténtica pasión, pero sin éxito, para lograr la excarcelación de Ricardo Flores Magón- obtuvo, después de tres años de encierro, la posibilidad de opción entre cumplir la condena o el destierro. Optó por la deportación y fue así como, en 1921, llegó a Rusia, siendo recibida con beneplácito por las autoridades soviéticas, en atención a sus antecedentes revolucionarios. Poco después, sin embargo, terminó esa fugaz “luna de miel”. Pronto se manifestó en Mollie su profundo sentimiento libertario, su implacable aversión a todas las dictaduras, aunque llevasen la falsa etiqueta de proletarias. Y exteriorizó, sin poner veloz en su pensamiento, su abierta oposición a la trayectoria, cada día más despótica y absolutista, del Partido Comunista y del gobierno. Y Mollie, -ya al lado de Simón Fleshin, colaborador de Makhno en Ukrania y destacado luchador anarquista que había de ser hasta el fin compañero de su vida- trató de establecer contacto con los viejos cuadros libertarios ya perseguidos y dispersos; pero cayó en las garras de la policía política comunista, y revivió en su tierra natal, en un sombrío ambiente de terror y de muerte, el calvario que poco antes había ensombrecido en los Estados Unidos sus primeros años de luchadora. Después de varios meses de auténtica agonía, y gracias a la providencial intervención de algunos de los delegados extranjeros a un Congreso Internacional Sindical que por entonces se efectuó en Moscú, y a gestiones de la compañera de Máximo Gorka, Mollie Steimer y Simón Fleshin pudieron eludir el confinamiento a Liberia a cambio de una salida de Rusia.

El fiscal americano, al decretar la expulsión de Mollie de los Estados Unidos, recalco con saña: “¡For ever!”

El fiscal ruso, en Moscú, al señalar a Mollie, con índice iracundo, la puerta de la sala del tribunal y del país, grito también: “¡Navsiegda!”

¡Para siempre! ¡Para siempre!

Después vino lo dolorosa peregrinación por los caminos de Europa: Holanda, Alemania, Francia, con demasiados breves y a veces maravillosos interludios de paz y esperanza, en Berlín, en París. Pero pronto de nuevo la angustia, la persecución, la tragedia. Aparece Hitler en Alemania. Huir, huir de nuevo, siempre con el fantasma del odio siguiéndole a uno lo pasos; y nuevamente la guerra y sus horrores; y la visión implacable de los barrotes carcelarios, y de las celdas de tortura, y los campos de exterminio. For ever, Navsiegda, Para siempre.

Finalmente, el abra de salvación, el remanso de paz, la paya acogedora y cordial donde embarrancar la barca, y plegar las velas y rendir la última singladura después de la tormenta. México. Y aquí, veinte años de entrega apasionada al trabajo, a la creación, al arte. Simón Fleshin, que ya había triunfado plenamente como fotógrafo en Berlín y en París, y celebrado con éxitos grandes exposiciones en esas dos capitales, así como en Londres y Madrid, triunfó nuevamente en México, siempre con la estrecha colaboración de Mollie. Por su “estudio” desfilaron todos los nombres destacados de nuestro mundo del arte, de la ciencia, de la política, de la cultura, entre los años 1940 y 1960.

Retirados a Cuernavaca por motivos de salud, su case se convirtió pronto en una especie de Meca, a donde llegaban peregrinos de todas las partes del mundo; a conocer a Mollie y Senya, o de evocar con ellos viejos recuerdos comunes de luchas pasadas, o de documentarse en esas dos páginas vivientes en la historia moderna, o en busca de orientación y consejo en medio del torrente de violencia y sórdido materialismo que se esfuerza por arrastrarnos al báratro sin fondo. Y siempre los acogía la sonrisa maravillosa de Mollie, y su palabra, que parecía descender de algún ámbito misterioso y encantado.

Conocíamos a los dos desde hace casi medio siglo, y siempre tuvimos algo así como la vaga impresión de que Mollie no era un ser humano, de que había descendido milagrosamente de una estrella.

El miércoles 23 de julio de 1980, Mollie dejó de existir. Un ataque al corazón cerró para siempre esos ojos cuya luz brilló, como una llama de bondad, de amor y de dulzura, durante ochenta y tres años. Y selló para la eternidad esos labios que supieron a la faz de los esbirros, gritar su pasión por la justicia y la libertad en tantos idiomas.

Proudhon Carbó

A MOLLIE

Originaria de un pueblecito de Ucrania, Mollie Steimer emigra, junto con su familia, a la que en aquel entonces “tierra prometida” para los emigrantes de todos los rincones del mundo: **Estados Unidos de Norteamérica**.

Tanto y tanto se decía de esta tierra, que el emigrante creía, realmente creía, dirigirse a la “tierra de la libertad”, a la “Tierra de la prosperidad”. Y la familia Steimer fue una de tantas y tantas familias que emigraron en busca de esperanza, en busca de la palabra arrebatada, en busca de la expresión genuina, del manifestarse, y del ser actuado.

Y ellos llegaron, con su pesado bagaje de regiones esplendorosas, de bosques coníferos, de tradiciones, de balalaicas, de bailes; llegaron en un pesado barco que se abría paso entre el vaivén del mar; llegaron cuando “la estatua de la libertad” se encontraba olvidada, ya desde hacia mucho tiempo… y no se percataron en su frenético entusiasmo de que ella intentaba a toda costa abandonar su pedestal y detener de cualquier forma ese barco pesado, ese barco monótono; no se percataron del gesto, del dolor, de esa súplica impotente que entrañaba aquel “símbolo” hacía tanto tiempo omitido. Y pasaron de largo, y no voltearon, y no pensaron, y no advirtieron. Y aquel barco pesado se abrió camino, indiferente, monótono, insensible. Y el “símbolo” olvidado, lo vio pasar, lo vio pasar sin expresión, lo vio pasar angustiosamente. El “símbolo” vuelto ya un ornamento, el “símbolo” trasformado en “cosa”, el “símbolo” vaciado de su contenido les vio pasar…

Y arribaron a la esperanza, y arribaron al puerto, y sus pies tocaron Nueva York. Gaviotas tristes revoloteaban en busca del sustento; gaviotas tristes intentaban demostrar ka mentira la trampa del “mito”.

Y llegaron con su bagaje a los Estados Unidos de Norteamérica.

Lo odisea comenzó.

“¡Hay que ver a los amigos, a los paisanos; a los amigos de los amigos, a los paisanos de los paisanos!”

Y recordar las direcciones, y buscar las calles, los caminos, los senderos. Y ese bagaje tan pesado… Y masticar otro idioma. Y por fin contactar con la comunidad de los paisanos; y enfrentarse con la realidad, con la fría y asfixiante realidad. Y al día siguiente… a conseguir el sustento, el trabajo anhelado, la prosperidad como posibilidad, como promesa, como algo que está cercano… y no ¡No! La prosperidad se ve lejana, la promesa enseña a trasluz su contenido, su substancia, ¡**Es mentira**! ¡**Es mentira**!

Y finalmente Steimer pasa a ser una de tantas y tantas familias que alguna vez llegaron en busca de esperanza, que fueron trasportados como carga en un barco pesado y no se percataron en su alegría, casi infantil, de las advertencias del “símbolo”; que no quisieron oír los gritos angustiantes de las gaviotas. Que bajaron de aquel barco pesado, con su enorme bagaje de bosques coníferos, de balalaicas, de tradiciones… Y la familia Steimer para ser una de tantas y tantas familias componente de uno de tantos y tantos grupos, pertenecientes a una de tantas y tantas culturas, propia de una de tantas y tantas razas que configuran el futuro de los Estados Unidos de Norteamérica.

Mollie Steimer trabaja en una fábrica, trabaja junto con otros que como ella y su familia creyeron en el “mito”. Mollie Steimer se une con los “suyos”, interviene, participa, conoce nuevas ideas, nuevas concepciones. Se entera y asimila. Y se incluye, se incluye con los “suyos” en el movimiento obrero, y se abre, y se abre paso a través de las intrincadas, apasionadas u controvertidas opiniones. Y se decide, y abraza, apropiándose, las concepciones anarquistas.

¡Y de nuevo la esperanza! ¡De nuevo la promesa!

El viento trasporta la noticia: ¡El estallido de la revolución rusa! Rusia, Rusia… el terruño abandonado, los bosques, las praderas, las tradiciones, el recuerdo instantáneo. Rusia, el estruendo, la explosión.

Los paisanos, todos, todos, no hablan más que de esto. “¡El zar ha caído!“ ”¡La libertad besa nuestra Rusia!” Apropiarse de nuevo lo dejado, de lo abandonado.

Pero… ¡Wilson, el futuro premio Nobel de la Paz! Manda tropas por Siberia, Wilson actúa sin tardanza. A apagar el fuego antes que alcance Norteamérica del Capital, la Norteamérica de los intereses bancarios, de la usura, de la explotación. A apagar el fuego aunque se pisotee el protocolo jurídico. Wilson no consulta al Congreso.

Y Mollie Steimer y sus compañeros, actúan, imprimen “volantas”. Trepan a las azoteas y los disparan a los transeúntes. Una lluvia, un bombardeo de furia, de acción, de determinación. Y los “volantes” son leídos, comentados, razonados, aceptados.

Las fuerzas represivas no pierden tiempo, la jauría es desatada, escucha a su amo: “¡**Id contra ella, id contra ellos**! **contra los “rojos”, contra los “extranjeros” que intentan destruir nuestro sistema de “libertad”**. ¡**Id y despedazarlos, acabarlos, destruirlos**! ¡**Como sea, de la forma que sea**!”

Jadeando, los ojos inyectados de sangre, babeando, la furia en el rostro, esperando, buscando, acosando a sus víctimas. La jauría husmea. “Los **Rojos**”, los “**Extranjeros**”.

Las conexiones irracionales “… **intentas destruir nuestro sistema de** “**libertad**”… ” Los pensamientos brutales “… ¡**Hay que acabarlos**!...” Las acciones bestiales “… ¡**Destruirlos, acabarlos**! ¡**Como sea, de la forma que sea**!...”

La histeria, la paranoia, la locura; todo, todo se conjuga.

Rosansky es detenido, amenazado, intimidado.

“¿Qué no recuerdas que tienes familia? Anda, dilo por tu bien. ¿Quiénes son tus compañeros?”

El miedo, el terror, el pánico. El recuerdo de los familiares y… la traición, la “traición justificada”. El señalamiento, los datos, la entrega de los compañeros. Y la jauría actúa, Mollie Steimer y sus compañeros son detenidos, interrogados, amedrentados. Mollie Steimer es mujer, y ser mujer la salva de la tortura física; pero los gritos de desesperación de sus camaradas torturados de una y mil maneras, le destrozan, le aniquilan. Gritos espantosos, horripilantes… Sus compañeros, sus amigos, sus camaradas son despiadadamente vapuleados, sádicamente vejados hasta exprimirles el último gesto de dolor, la última lágrima.

Y después, el proceso, el confrontación, la cárcel, el sentirse impotente encadenada, aislada…

Nuevos conocimientos, nuevos enfoques, nuevos enfrentamientos con esa angustiante realidad. Ya se encuentra lejos el recuerdo de aquel barco pesado… de aquel haber visto por vez primera el “mito” de la “tierra prometida”… las añoranzas de los bosques, de las tradiciones, de las balalaicas… Todo es confuso, Tantos acontecimientos, sucesos, acciones… Mollie vive sobrevive, se niega a dejarse llevar, a vencerse ante las penalidades. Y trabaja, trabaja en su reclusión haciendo “overoles”; pero la jauría intenta “… ¡**De la forma que sea**!... ” Destruir esa voluntad, ese temperamento, esa fuerza interna que muestra segundo a segundo. Y le exige, le exige más y más de su trabajo; le exige lo imposible “… ¡Hay **que acabarlos como sea, de la forma que sea**!...” La voz del amo, la orden del amo. Y Mollie no recibe las cartas de sus

familiares, ni de sus amigos. Se le tortura psíquicamente, se le comunica que ha recibido tal o cual carta, más no se le entrega “… **como sea. Como se pueda**… ¡**Hay que destruirlos**…!”

Y las bestias, la jauría, se enfurece al no lograr sus objetivos.

¡Quince años de reclusión! determinan los jueves “… ¡**Hay que acabarlos como se pueda**!...”

¡Quince años de prisión! Quince años “fuera de circulación” “… ¡**Hay que destruirlos como sea, como sea**!...”

Y la jauría, satisfechas, hasta, hastiada, festeja lo que considera su triunfo; y aúlla, aúlla terrible, tétricamente, y se arrastra delante de su amo, de su señor, de su divinidad. Y mordisquea migajas, sobras, pestilencias; y alaba, ya da las “gracias”.

Pero la jauría fracasa, y Mollie Steimer no pierde la calma, la tranquilidad, la ecuanimidad, la semblanza; y Mollie Steimer no se derrota, y Mollie Steimer sabe, razona, decide “su” justeza, “su” rectitud, “su” entrega apasionada, amorosa, inusitada a la causa valedera, a la causa de los “suyos”, de los perseguidos, vilipendiados, explotados, encarcelados y torturados; de los “suyos”, de los que tiene el provenir en “sus” corazones, de los que se arrastran, ni transan, ni temen, ni huyen; de los “suyos”, que han abierto los ojos, de todas las personas que han divisado, advertido, alertado un fututo, un futuro de humanidad, un futuro de amor, de fraternidad, de mutuo apoyo; de los “suyos”, de aquellos que en su momento han dicho ¡BASTA! Y de aquellos que en su momento lo dirán y que afrontarán las consecuencias, y que sonreirán, sonreirán, sonreirán ante el acoso de las bestias, y que esperarán paciente, fría, tozudamente su hora, su momento para gritar por cada poro de su cuerpo, de sus bellos cuerpos, para exclamar, para afirmar, para comunicar ¡**Viva la libertad**!

De los “suyos”, de los que viven, de los que mantiene, mantuvieron, mantendrán la esperanza en sus corazones; de los “suyos”, de aquellos que esperan el momento indicado en sus respectivos campos liberados, en sus corazones, en sus cerebros, en todo su ser. Y Mollie no se rinde, lucha, se revuelca, se pone de pie ¡**de pie**! Y la Jauría, con sus aullidos, con sus festines; la jauría no lo cree, no lo acepta, no lo engulle; de nuevo los ojos tintos en sangre, de nuevo babear, de nuevo acosar, perseguir, acorralar… “… ¡**Sobre ellos, sobre ellos**!...” “… ¡**Hay que destruirles**!” “… ¡**como sea, de la manera que sea**!...”

Y el amo, y el interés bancario, y Wall Street, y las finanzas, y el Capital; asustados, amedrentados, huyen, se esconden, buscan refugio. Se unen, discuten, llegan a una solución. ¡Una solución! Deshacerse de ella, cambiarla, truncarla, más en balde. ¡**Hay que buscar el interés, la ganancia, hay que negociarla**! Y la cambian, aceptan cambiarla al gobierno soviético por otros procesos. Asunto arreglado. Negocio fructífero. Trueque ventajoso…

Y Mollie Steimer acepta, acepta después de tres años de nos respirar, de tres años de preguntas, preguntas, preguntas… Tres años de insomnio, tres años de pesadilla. Ella acepta, ella quiere, ella anhela recuperar su tierra, su anhelo, su parte de esperanza. “**La clase trabajadora demostraba al mundo como si es posible vivir, como si es posible ubicarse en la existencia, como si es posible ir construyendo la historia. La historia de la humanidad, la historia del futuro, la historia de la felicidad**”.

Mollie ansía, Mollie desea, quiere ir con los doblemente suyos, desea el rencuentro con esa tierra, con esas praderas, son esos bosques de coníferas, con las balalaicas, las fiestas, las tradicionales… Anhela ver, sentir, actuar participar en la creación de la “esperanza”, de la igual que el otro, tal vez el mismo que le sirvió de soporte, que la vio llegar y le hiciera descubrir el mito”, la mentira, la falsedad.

Y Mollie partió en un barco, igual, semejante a aquel barco pesado, monótono… Y Mollie parte; y segunda vez no se fija, no alerta, no siente, no escucha; y por segunda vez el frenesí, la interna alegría le impiden ver a aquel “símbolo” ofendido, enclaustrado en su pedestal; y por segunda vez no se percata, y el barco parte, parte burlona, lentamente; y el barco se aleja, se aleja… Y el “símbolo”, le ve, le mira; y el “símbolo” se queda, se queda en su pedestal, se queda en sus recuerdos, se queda en viejos, antiguos y olvidados tiempos; y el “símbolo”, se aleja, se aleja…

Mollie arriba a Rusia en un día gris, en un día gris, en día gris tal vez muy iluminado, Y baja por la rampa, y se dirige a la aduana, y es checada, cortejada, fiscalizada. Y el aduanero no la suelta hasta estar convencidos de que Mollie es Mollie; hasta que el papel, los papeles, la tinta, las firmas, las fotografías, los símbolos, los números, demuestren, certifiquen, avalen que Mollie es Mollie, que ella es ella. Y no importa si ella dice que lo es o que no lo es, y no importa su palabra, su verdad. El aduanero ve los papeles, las fotografías, los símbolos, los números; y el aduanero está seguro que los datos no mienten, y saca su sello, su sello al rojo vivo y estampa su marca en donde es correspondiente.

Y Mollie arriba a Rusia, a su Rusia, y es Feliz porque supone, porque cree, porque piensa qué… Y de nuevo a buscar a los amigos, a los paisanos, a los amigos de los amigos, a los paisanos de los paisanos. Y sentirse que se ha recuperado la palabra, la actitud, el ser, pero… “¡**Que pasa**! ¡**Que ha pasado**! ¡**Que han hecho**! ¡**Que ha fallado**!”

Y afrontar otra vez la realidad, la fría, la insensible realidad; y comenzar a descubrir, a alertar… y no querer aceptarlo, y negarse… negarse… negarse… “¡**No puede ser**! ¡**No puede ser**!” pero el dolor, el dolor cada vez más intenso la obliga, la empuja, la forza a abrir los ojos. Y Mollie abre los ojos, los abre una mañana… una tarde… una noche… y siente frío, siente cansancio, siente hastío, siente náuseas. Siente en lo más hondo de su ser, siente en su corazón, en su cerebro, en sus lágrimas, en su incontenible rabia; siente que se ha equivocado porque a sus amigos, porque a los “suyos”, le han tomado una mañana gris, les han sorprendido sin haberle dado tiempo, sin haberles dejado ver, oír, sentir, amar; y los han llevado, los han llevado a la fuerza, a la fuerza les han encarcelado, maniatado, amordazado. Ni siquiera les han dado la oportunidad de gritar “su grito”. Sus amigos prisioneros…pero… ¿**por qué**? ¿Por **quién**? Y una lucha irresistible, incontenible, se desarrolla en ella misma; y recuerda, recuerda advertencias, recuerda profecías, en un segundo, en un instante, en un momento, su mente se aclara; la nubosidad se disipa. Medita, liga ideas, ideas consideradas ideas, ideas negadas por más de uno, y medita. Bakunin, el gigante, el irreverente, el acérrimo enemigos de Marx, la oposición en la Internacional, y sus advertencias, y sus voces alertando el peligro; y la mano, el dedo señalando la llaga autoritaria, implacable, infantil y fanfarronamente. Y la duda se disipa. “**El autoritarismo ha triunfado, la jauría impositiva ha sido echada a la calle para acabar con las** “**herejías**”, **con todo aquel que no piense, que no razone, que no medite como el santo oficio convertido ahora en partido, trasformado en** “**vanguardia proletaria**”, **hecho a imagen y semejanza del padre, del hijo y del espíritu santo**”.

Y los “herejes”, son perseguidos, acosados, hechos prisioneros. “¡**A la hoguera con ello! ¡a la hoguera**!”

Los “herejes”, convertidos de la noche a la mañana, sabrosamente señalados, excomulgados, indicados con la nueva seña que abrirá sésamos, que levantará a los muertos “¡**Contrarrevolucionarios**!”

De nuevo “la noche de San Bartolomé”, de nuevo el papa, sus creyentes, sus súbditos; de nuevo el espíritu obscurantista, intolerable, sectario, asesino, buscando extender, imponiendo su fe. De nuevo el circo romano, las catacumbas, las persecuciones. Y Mollie se vuelve a erguir, por segunda, por tercera, por y para siempre. No se derrota, no acepta y… se rebela, se rebela

como ayer, se rebela contra la injusticia, la tiranía, el despotismo. Y va, y se apresura a ir con los “suyos”, con los explotados, los tiranizados, los oprimidos. Y vuelve a participar, y vuelve, por segunda vez, a conocer en carne propia el acoso de la jauría.

“¡No estamos ni estaremos perdidos mientras aliente en nosotros nuestro grito, nuestro lamento, nuestras “herejía” la palabra “libertad”!”

Ayudar a los compañeros, a los compañeros revolucionarios perseguidos; dar calor, recibirlo, y sobre todo, sonreír... sonreír… sonreír de frente a la jauría, a los “hombres serios”, a los “guías del proletariado”; sonreír, recuperar el sentido de esa gigante y omnipotente facultad humana. Sonreír, “los hombres serios” no aceptan la sonrisa, le huyen, les irrita, les hiere. Su “seriedad” conformada en la antivida, enterrada, hundida, enraizada en su patológico temperamento no permite, no soporta, no quiere la sonrisa; y su “seriedad”, su “seriedad” calculadora, su “seriedad” aderezada con pedazos, con sobras “dialécticas”, su “seriedad” condimentada, valorada, justificada por un elefantiásico, mecánico, burdo, y absurdo “historicismo materialista”. Y su “seriedad” oculta, refugiada, replegada en “históricas justificaciones”, en “justificaciones histéricas”. Y su “seriedad” avalada por “históricas misiones”, por “dirigencias revolucionarias”, por el querer y hacer que a fuerzas, “a como de lugar” sean sus sobras “dialécticas”, sus desechos, “historicismos materialistas”, su por nadie requerida “dirigencia”, lo que predomine, lo que hegemonice, lo que se imponga a todos y sobre todos, por los siglos de los siglos…

La calumnia, la intriga, la mentira, la traición, todo, todo se vale, todo se permite, todo obtiene su justificación y “razón de ser”. Los juicios maquiavélicos, torquemadistas, jesuíticos son elevados a discursos de diaria vida, son aprobados por la jerarquía del Santo Partido. El Santo Partido que prepara el camino para que, en un tiempo lejano -quien sabe que tan lejano-, se encuentre el sendero para la preparación de las condiciones ideales, y así lograr el advenimiento de la humana fraternidad. El santo Partido adquiere “su razón de existir”, porque está destinado, cabalísticamente, por el oráculo divino a cumplir su función. Y el oráculo ha previsto que es esa la única forma posible, y que todos, absolutamente todos aquellos que no aceptaran, que cuestionaran, que alertaran peligros que dudaran del cientificismo oraculesco, deberían, deberían ser destruidos, aplastados, desquebrajados; porque sus dudas, sus críticas, sus advertencias, sus recelos a la Sacrosanta verdad emanada del Verbo, no sería sino señalada con la exorcística palabra mágica, ahuyentadora de las legiones demoníacas, espada sanmiguelesca expulsadora de Satán y sus agrias cortes, con la palabra: ¡**Contrarrevolucionarios**!

Y Mollie, y sus compañeros recibieron esta categoría. Y fue medida, inspeccionada a través de la mágica palabra. Y se le intentó destruir, aplastar, y se le intentó desquebrajar. Por intentos no quedo. De todos los métodos posibles, de todas las acciones imaginables se echo mano. Y todo les fracasó, y no pudieron, y fueron impotentes para quebrar su voluntad, esa entereza, esa honestidad. Y todos sus métodos, y todas sus acciones se estrellaron, se desmoronaron, se rompieron ante esa integridad y esa admirable terquedad.

De nuevo ver la rabia, los ojos inyectados de sangre, las fauces babeando; de nuevo ver la jauría desesperada, frenética, insoportablemente agresiva… Y de nuevo conocer lo ya conocido, y de nuevo sentir lo ya sentido, y de nuevo apretar las manos, llorar por dentro, contener la iracunda furia; y resignarse, amarga, trágica, estoicamente a ser de sus balalaicas, de sus bailes, de sus tradiciones… Ser echada, corrida, alejada de la tierra que le vio nacer, de su idioma, de sus costumbres.

Y Mollie parte un día, como cualquier día, como aquel día en que partió por vez primera con sus familiares en busca de esperanza, de la posibilidad del progreso, en busca de la palabra, en busca de la palabra arrebatada. Y Mollie parte de nuevo un día tal vez lluvioso o quizá soleado,

parte llevando consigo un pesado bagaje de tradiciones y vivencias milenarias trasmitidas de generación en generación; su pesado, su abultado y desembarazable bagaje.

Y subir de nuevo a un barco, a un barco también pesado, también monótono… y voltear, y ver por vez primera esa tierra, esas costas, ese muelle…

El nudo en la garganta, las lágrimas asomando a sus obscuros y bellos ojos; y el dolor, el intenso, agrio, insoportable dolor. Y decir adiós, adiós para siempre a esa tierra suya, alejar la mirada en el infinito, y alejarse ella misma a bordo de aquel pesado, monótono, aburrido barco…

Y la travesía, los pensamientos, y no sentirse sola, apoyarse, atrincherarse en sí misma…

Tal vez, pudiese haber sido, que si Mollie no hubiera partido acompañada de su amigo, su compañero, su amor; por ese otro perteneciente a los “suyos”, tal vez, si Simón Fleshin, personaje también de una sola pieza, ser que también había sufrido, que había sido perseguido, arrestado en más de una ocasión; si tal vez Mollie no hubiera partido con él, probablemente, quizás, no hubiese habido más amaneceres en su vida. Pero, Mollie ni parte sola, Mollie tiene que con quién compartir su tragedia, su inmenso dolor…

Y lo comparte. Ya son dos, fundidos, inseparables, invencibles, listos para afrontar lo que el “destino” les oponga en su camino, preparados para aguantar esa vertiginosa e inclinada pendiente, alertados para luchar contra la corriente, contra esa rápida, vertiginosa corriente…

Y Mollie llega, junto con Senya, al final de esa pequeña, pero larga, tan larga travesía. Stettin es el lugar en donde aquel barco pesado detiene su lento y monótono paso para vomitar a los expulsados, a los no queridos, a los no gratos para la jauría autoritaria.

De nuevo deslizarse por la rampa, sin fuerza, casi rodando; de nuevo afrontan al aduanero; enseñar los papeles, los inevitables papeles, y demostrar que ellos son lo que dicen los papeles que son; de nuevo afrontar interrogatorios, y una vez más ir a parar con su humanidad al fondo de una celda, porque venían de Rusia, porque eran “rojos”, porque quién sabe que traían entre manos, porque era necesario prevenir…

Pero la otra cara de la moneda es mucho más alentadora.

Un amigo se entera, se entera que les han detenido y este amigo les ayuda, utiliza sus influencias y logra su propósito. Y gracias a él, Mollie y Simón son liberados, se les permite respirar, ver, oír, sentir…

Y ellos sin tardanza, apresuradamente parten a Berlín, al Berlín de aquel momento, al Berlín que había intentado su revolución social, al Berlín que fue derrotado. A aquella ciudad convulsionada por una gigantesca espiral inflacionaria, en donde cualquier satisfactor no era posible preverlo en marcos, la moneda devaluada, inservible. Llegaron aquel Berlín, a aquel Berlín en cuyo seno ya se agitaban convulsionadamente los negros nubarrones de lo que sería la próxima pesadilla: el nazismo.

Grupos de choque, valentonadas nacionalistas, señalamientos feroces a los “culpables” de la “ruina alemana”. Temperamentos paranoicos, caracteres enfermos, gritos belicistas, reuniones místicas, remembranzas de antiguas locuras, “el revolucionario del Alto Rhin”, “Las profecías de Segismundo”, la raza aria, el pueblo escogido, el reino que duraría mil años, la simbología rebuscada, la swástica; la enfermedad, la enfermedad desatada, la enfermedad corroyendo las mentes, los corazones, los sentidos, contaminando el habla, destruyendo los sentimientos, la integridad.

Y de nuevo interrogarse, de nuevo meditar, de nuevo ese enfrentarse a la realidad, a la tremebunda realidad. Y volver a vivir la locura y sentir de nuevo esa náusea, ese asco, esa repulsión. Y sentirse de nuevo perdida, sin ánimos, sin fuerzas; y volverse a erguir, a afirmar interiormente, y volver a estar lista, a estar preparada para afrontar la tormenta.

Otra vez la jauría desatada, los ojos inyectados de sangre, acosando, persiguiendo, asesinando…

“**Los culpables de nuestra ruina son los judíos,** “**los rojos”, y todas las razas inferiores, impuras, degradadas; así pues** ¡**acabarlos**! ¡**Por el honor de Alemania, acabarlos, destruirlos**! ¡**Como sea, de la forma que sea**!”

Y las jaurías nazis cumpliendo su “misión”, obedeciendo la voz del amo, del guía, del líder; y el pueblo alemán, la mayoría del pueblo alemán, escucha, escucha su propio pensamiento, se ilusiona con lo que él mismo piensa; y la mayoría escucha al llamado, acude a “liberar” a su “patria” de sus “enemigos”, de “sus humilladores”. Y la mayoría no es traicionada, ni mucho menos engañada. Oye su propia voz, advierte su propia pequeñez en las voces de sus sacerdotes, en los chillidos ratonescos de la alta jerarquía nazi. Y la mayoría acepta lo que su endeble, su enfermo, su patológico pensamiento había creado, formado, estructurado. ¡No! No fueron los Hitlers, ni los Goebels, ni los Goerings, ni los Himmlers, no, no fue ninguna de estas sabandijas nauseabundas las creadores de la pesadilla; ese “horror” le pertenece a las mayorías, sus auténticas, sus claras, sus verdaderas creadoras. El “éxito” de los nacional-socialistas fue solamente expresar lo que las “mayorías” ya pensaban; fue el desatar, a través de las palabras, de los modales, de los gestos, de la disciplina, las “imágenes”, las “ideas”, los “anhelos” pertenecientes a esas “mayorías”. ¡Y lo lograron! Lograron que esa “mayoría” que esa masa amorfa se asimilara a ellos, creyera en ellos, les aceptara a ellos.

Y verse obligada o huir, a fugarse, a ponerse a salvo, a alejarse lo más posible de ese monstruo, de esa horripilante pesadilla, de esa reino irracional. Y Mollie, y Senya, parten buscando un resguardo, buscando un refugio donde recuperar las energías pedidas, donde ordenar sus pensamientos, valorar sus juicios… Y se marchan, se marchan al único lugar a donde se podía marchar: a Francia.

Viajar a París y no tener, por primera vez, la forzosa necesidad de visitar rápidamente las cárceles, y por primera vez cruzar una frontera sin novedad, sin problema, común y corriente, sin ser agredido, ni vejados. Llegar a París y tratar de contactar a los compañeros, y verlos, y charlar, charlar. Discutir de lo que viene, de lo que es ya imposible detener, de frenar, de desviar, lo que ya se manifiesta. Conversar acerca de la inevitable guerra, de la agresividad nazi, de su gigantesco y monolítico poderío militar, de la imposibilidad de que cualquier fuerza de izquierda pudiera hacer algo, en aquellos momentos, en aquellos instantes, para decapitar al nazismo. De aceptar con frialdad y serenidad el negro, el oscuro, el escalofriante porvenir. La larga, larga noche que ya se perfilaba. El alertar acerca de la inutilidad de la “línea Maginot”, de su inoperancia y su nulidad ante los estrategas nazis; seguir charlando, discutiendo, intercambiando opiniones y pareceres; y la revolución española, los errores, los aciertos de la C. N. T., de la F. A. I., y el avance incontenible de los falangistas, y el apoyo militar fascista y nazi a las huestes franquistas; y la cobardía de los “no intervencionistas”, la cobardía que pronto pagarían, de cuyos efectos se arrepentirían por sentirlos en carne propia. Y del escarmiento que por tal cobardía se plasmaría en un recibir toneladas de explosivos “voladores”, de bombas sobre la indefensa y destrozada Inglaterra.

Y echar, seguir charlando, realizando una, dos, tres, cien, mil autocríticas, mil evaluaciones, mil planes futuros, mil posibilidades, mil intentos. Y la charla es interrumpida, cortada, silenciada por la entrada de las tropas nazis a Francia. Las manos sudorosas, el miedo, el pánico, el terror reflejado en los rostros. Los respiros nerviosos, forzados; los corazones latiendo a su máxima

capacidad. Los sobresaltos cotidianos, ese dormir despierto, las pesadillas intermitentes, los pasos apresurados. Y de nuevo, de nuevo Mollie es atrapada, es detenida, es apresada; es llevada por la fuerza un día, un día acorde con el ambiente tétrico que vivían aquellos años tétricos. Y por la fuerza es llevada a un campo de concentración… ¡**Por la fuerza**!

Y de nuevo sobrevivir, sentirse derrotada; de nuevo la angustia, la opresión, la rabia incontenible, y de nuevo ese ponerse en pie ¡**En pie ante quien sea y ante lo que sea**!

Simón Fleshin corre con más suerte. Los compañeros le ayudan para que escape, para que huya, para que se refugie en el sur de Francia, en la zona acordada por los señores de la guerra como “zona libre”.

Y Mollie logra salir, evadirse, fugarse, deslizarse, abandonar aquel campo de concentración de lágrimas, de sufrimientos, de impotencia…

Y ahora a buscar, a tratar de encontrar a su compañero, a su amor. Y caminar, caminar entre aquellas tinieblas, las maldades, el sufrimiento. Y caminar, y transportarse de aquí a allá; y deslizarse sin rumbo, sin tiempo, sin constancia de tal desplazamiento. Y dejarse llevar por las corazonadas, por los presentimientos. Y aferrarse obstinada, compulsivamente a lograr el propósito, el objeto, el resultado. Y un día como cualquier otro día tétrico de aquella tétrica época, ver, divisar, observar al compañero buscado, al compañero anhelado, al compañero querido, al compañero amado. Y las lágrimas desbordando sus cauces, y el cuerpo entero abordado, sorprendido, invadido de un temblor incesante; la boca seca, el nudo en la garganta, y sobreponerse, y adecuarse en la calma; y llamarle, y gritarle, y decirle que ella está ahí… Y pronunciar su nombre “¡**Senya**! ¡**Senya**!” Y abrirse paso, corriendo, apurado, desesperadamente. Y abrazarle y besarle; y ser presa de llantos, de risas nerviosas… y sentir el relajamiento, el abandono de la rigidez, y soltarse, dejarse caer, deshacerse en sus brazos. Las palabras se atropellan, se obstaculizan, se amontonan; las miradas, los millones de miradas se conjugan, se muestran, aparecen una y mil veces. De nuevo sentirse acompañada, de nueva abandonar al espectro de la soledad; de nuevo tener junto a la persona amada, de nuevo compenetrarse, sentirse apoyada. Otra vez el aliento, la felicidad, el goce, el sentirse feliz; irradiar felicidad en aquel tétrico tiempo, irradiar sonrisas, amor…

El suspiro, la calma, la tranquilidad, el necesario momento de reposo para adquirir fuerzas y prepararse para la siguiente epopeya, para la posibilidad de la siguiente trampa, de la siguiente desilusión.

Y Mollie, y Senya, aconsejados por compañeros, por amigos, toman la decisión de abandonar el viejo continente, de ir y poder establecerse en un lugar mucho más tranquilo, mucho más amigable; y se determinan inflexiblemente en venir a México. Y no lo dudan ni un instante, emprenden la veloz marcha, la veloz salida de ese continente que parecía, en aquellos tiempos, desmembrarse, despedazarse, destruirse. Y un día emprenden la fuga, abordan un barco y zarpan por aguas atlánticas con destino prefijado…

Chantal López y Omar Cortes

LA VIDA DE DOS LUCHADORES MOLLIE Y SENYA FLESHIN

Entre los compañeros rusos que en aquellas fechas encontraron asilo en Alemania, tenemos que mencionar aquí a otros dos, que pertenecían a aquel círculo íntimo cuyo trabajo minucioso y constante, junto con un espíritu de sacrificio ilimitado, constituyen la espina dorsal de todo movimiento social en su plenitud: Mollie Steimer y Simón Fleshin. Ambos entonces personas jóvenes, pero que tenían ya tras de ellos una vida plena de acontecimientos.

Mollie Steimer nació en una pequeña ciudad de Rusia. Sus padres emigraron en 1912 a los Estados Unidos, con el fin de que fuera mejor el futuro de sus hijos. Esto fue, naturalmente, una ilusión, pues las condiciones de vida para los nuevos inmigrados eran, en aquel tiempo, muy difíciles, sobre todo el tratarse de una familia que además de los padres, llevaba cinco hijos, como en este caso. Así que al segundo día de su llegada, la muchacha se vio obligada a tomar un empleo en un taller de sastrería para contribuir al sostén de la familia. Las condiciones de trabajo de esta industria distaban mucho de ser como las actuales. La jornada era agotadora, los salarios miserables. Después de un día de trabajo, por la noche Mollie concurría a la escuela para adquirir la mayor cantidad posible de conocimientos.

Dotada por la naturaleza de gran fuerza de voluntad y una clara inteligencia, la cabeza fogosa de la joven fue dominada pronto por ideas revolucionarias. Después de haberse inscrito en el sindicato, conoció en 1917 el movimiento anarquista, al que consagró a partir de esta fecha todo su esfuerzo. El grupo al que Mollie se había adherido se componía de jóvenes dedicados a la causa con el máximo idealismo propio de la juventud. Todos eran obreros que tenían que luchar por el diario sostén en condiciones muy precarias. Poco después los Estados Unidos entraron en la guerra mundial, y el grupo, con máximo esfuerzo y sacrificio, llegó a publicar un modesto periódico, “The Storm”, que con auténtica claridad y energía se declaró en contra de la gran matanza de pueblos. Cuando luego se produjo la revolución en Rusia, aquellos jóvenes entusiastas estaban firmemente convencidos que había llegado el momento culminante de la revolución social y de que estaba en marcha un nuevo porvenir.

Por eso fue grande su indignación cuando el gobierno norteamericano intentó atacar militarmente a Rusia. El pequeño grupo publicó entonces manifiestos clandestinos en los que atacaba con dureza aquel intento. En realidad en todo el país se desarrolló un movimiento bastante intenso que interpuso una protesta pública contra la invasión proyectada. Pero antes de que ésta se produjera, la mayor parte de los componentes del grupo habían sido arrestados en agosto de 1918. Resultó que un tal Rosansky, que no pertenecía al núcleo, pero que simpatizaba con sus aspiraciones, había recibido manifiestos para su difusión, y al ser detenido, en el interrogatorio dio a la autoridad todos los nombres de los componentes del grupo que él conocía.

Así cayó también Mollie en manos de la policía. Bajo la influencia de la psicosis de guerra de aquel momento, fueron gravemente maltratados, en especial los miembros varones del grupo, y sometidos al afamado “Third Degree”. Uno de los detenidos, Jacob Schwartz, fue tan brutalmente maltratado en el curso del interrogatorio policiaco que murió antes del proceso, por las torturas que le infligieron.

El proceso contra los cuatro acusados duró algunos semanas, durante las cuales aquéllos defendieron con gran valor sus convicciones. El resultado fue que Jacob Abrams, Hyman Lanchovsky y Samuel Lijoman sufrieron la condena de veinte años de presidio por individuo, mientras Mollie Steimer le impusieron la pena de quince años. Los condenados apelaron a la monstruosa condena que se les impuso y se nombró un comité de defensa, con cuya ayuda

fueron puestos en libertad provisional, bajo la exigencia de depositar diez mil dólares por cada procesado. Mollie reanudó de inmediato sus actividades, hasta el extremo de que durante los ocho meses siguientes fue detenida no menos de once veces, hasta que, al fin, se le encerró en la casa de trabajo de Nueva York, donde fue recluida seis largos meses. Este encierro lo sufrió en completo aislamiento y con vigilancia permanente, para impedir que tuviera la menor relación con otros presos. Entre tanto el Tribunal Supremo había confirmado la sentencia y Mollie fue trasladada a la prisión de Jefferson, en el Estado de Missouri, mientras que los otros tres compañeros de cautiverio fueron llevados al presidio de Atlanta. En noviembre de 1921, sin embargo, Mollie y sus tres amigos fueron deportados a Rusia, bajo la amenaza de que, en caso de que volvieran a entrar en los Estados Unidos, cumplirían su condena completa.

Mollie partió para Rusia con las mayores esperanzas, pero sólo para sufrir una gran decepción, tanto más intensa después de su llegada. Muchos de sus compañeros anarquistas se encontraban ya en prisión y Mollie tuvo en seguida, junto con otros militantes, bastante trabajo para ayudar a los presos. En noviembre de 1922 fue detenida ella misma, por primera vez, junto con Simón Fleshin, al que había conocido en Leningrado, y que gracias a la delegación anarcosindicalista francesa, que se encontraba entonces en Moscú, fueron puestos en libertad. Pero, poco tiempo después, los apresaron de nuevo. Luego de permanecer encerrados semanas tras semanas, sin que se promoviera en su contra acusación alguna, Mollie declaró la huelga de hambre, a la que se adhirieron también Fleshin y otras personas detenidas en la misma prisión. Durante ocho días los presos se rehusaron a tomar alimentos, hasta que por fin se dictó sentencia en su contra. De los cuarenta y nueve compañeros, entre los que figuraban también Mollie y Fleshin, casi todos fueron desterrados: a Mollie y Fleshin se les condenó a tres años de destierro en la celebre isla de Solovietzki, pero se les permitió elegir entre el destierro y la deportación de Rusia, con la condición de que serían fusilados en caso de volver al país sin autorización del gobierno.

Por consejo de compañeros, se resolvieron ambos por la deportación. Llegaron en septiembre de 1923 a Berlín, donde les conocimos personalmente Milly y yo. Desde entonces hemos quedado ligados por íntima amistad. Por aquellos días colaboré con ellos, con Emma Goldman y Alejandro Berkman en un comité que se había dado la misión de ayudar a los compañeros presos en Rusia. Mollie y Fleshin se dirigieron luego a París, pero en 1929 volvieron a Berlín, donde vivieron hasta la toma del poder de Hitler. Entonces regresaron a París, venciendo grandes dificultades. Allí conocieron más tarde la invasión de los nazis, de la que pudieron escapar hacia el sur de Francia, donde llevaron una vida de aventura hasta que, con la ayuda de sus amigos de América, se les pudo facilitar los medios para emigrar al Nuevo Mundo.

Senia Fleshin, el compañero de Mollie, nació en Kiev en 1894 e intervino desde muy joven en el movimiento revolucionario. En 1913 emigró con su familia a los Estados Unidos, donde pronto se adhirió a la Federación de Asociaciones Obreras Rusas de los Estados Unidos y Canadá, e intervino luego en la revista mensual “Mother Earth", dirigida por Emma Goldman y Alejando Berkman. Al producirse la revolución rusa volvió a su país con el primer grupo de refugiados políticos.

Allí trabajó primeramente junto con Schapiro, Volin y otros compañeros. Después parió hacia el sur, donde participó en el movimiento clandestino contra Petlura y Denikin. Al ejecutar un trabajo aventurado y peligroso fue detenido tres veces por los “blancos”, siendo torturado y condenado a muerte. Pero mediante sobornos, sus compañeros lograron obtener su liberación. También intervino Fleshin en el movimiento de Makhno hasta que fue detenido por la checa de Jarkov, junto con Andre Andreieff, los hermanos José y León Gootman y otros cinco luchadores más. Los nueve fueron condenados a muerte, pero la monstruosa sentencia fue anulada por Lenin mismo. Entonces eran todavía posibles esas cosas en Rusia.

Fleshin participó activamente en los trabajos de la Confederación NABAT y fue detenido por la checa, con todos los agravantes posibles, pero liberado de nuevo se dirigió a Leningrado, donde trabajó para el Museo de la Revolución. En aquel tiempo, los compañeros rusos fundaron, junto con otros extranjeros, un comité de ayuda para socorrer a los presos en diversos lugares de Rusia. Fleshin fue el encargado por esta organización para proporcionar víveres y ropas a los compañeros de Archangel y de los campos de concentración del Norte. Poco después de su regreso fue detenido, junto con cuarenta y ocho compañeros, aunque contra ellos no existía más acusación que la de ayudar a los compañeros presos. Aquella medida terminó con su deportación de Rusia, el 27 de noviembre de 1923.

Mollie y Fleshin viven, desde hace largos años, en México, donde se ganan bien o mal la vida como buenos fotógrafos. Su casa es siempre centro de reunión de luchadores sociales a quienes el destino ha arrojado del hogar nativo y que han encontrado asilo en México. Ciertamente no están contentos con el destierro, pero se adaptan a la situación lo mejor que pueden sin quejas no lamentos, puesto que saben que afrontar hechos difíciles de superar. Para la gran causa de la liberación humana hacen todavía lo que está a su alcance, con la misma fidelidad y abnegación ejemplares que en los días dorados de su juventud.

Rudolf Rocker
(De “Revolución y regresión”. Publicado en “Tierra y Libertad”, No. 347, Julio de 1972, México, D. F.)

LA VIDA DE MOLLIE STEIMER: UNA ANARQUISTA

Mollie Steimer, la muy conocida militante anarquista, murió de un ataque al corazón el veintitrés de julio de 1980 en su casa de Cuernavaca, Morelos, México. Mollie tenía ochenta y dos años, y durante su larga vida la consumió una pasión extraordinaria para luchar por el bien de sus semejantes. Fue una de las últimas anarquistas de la vieja guardia con fama internacional e igualmente fue una de las últimas del extraordinario grupo de políticos rusos exiliados en México que incluía diversos personajes como Jacob Abrams, Víctor Serge y León Trotsky. Le sobreviven su compañero de toda la vida, Senya Fleshin y una hermana menor en Nueva York, a quienes dirigimos nuestro más sentido pésame.

Nacida el 21 de noviembre de 1897, en el pueblo de Dunaevtsy, situado al sudoeste de Rusia, Mollie emigró a los Estados Unidos en 1913 junto con sus padres y cinco hermanos. Tenía sólo quince años cuando llegó al ghetto de Nueva York; inmediatamente empezó a trabajar en una fábrica de confección para ayudar al sostén de su familia. También comenzó a leer literatura radical, iniciando con “La mujer y el socialismo” de Bebel, y “La Rusia subterránea” de Stepniak, antes de descubrir las obras de Bakunin, Kropotkin y Emma Goldman. En 1917, se vuelve anarquista, el ideal al que dedicó su vida. Con el estallido de la revolución rusa, se lanzó a desarrollar actividades de agitación coligándose a un grupo de jóvenes anarquistas unidos en torno a un periódico clandestino escrito en Yiddish, llamado “Der Shturem” (“La Tormenta”). Plagado de diferencias internas, el grupo “Shturem”, se organizó a finales del año, adoptando el nombre de “Frayhayt” (“Libertad”) e iniciando un nuevo periódico bajo este mismo nombre, del cual cinco números aparecieron entre enero y marzo de 1918, con caricaturas de Robert Minor y artículos de María Goldsmith y George Brandes, entre otros. Como lema, los escritores escogieron la célebre sentencia de Henry David Thoreau: “El mejor gobierno es el que no gobierna” (en yiddish: Yene regirung iz di beste, velkhe regirt in gants nit”), una extensión del aforismo de Jefferson: “El mejor gobierno es el que menos gobierna”.

El grupo “Frayhayt”, lo formaba una docena de muchachos y muchachas, todos de ascendencia judía del este europeo; regularmente se encontraban en el No. 5 de la calle East 104 en Harlem, en donde varios de ellos, Mollie incluso, compartían un departamento de seis cuartos. La figura más activa en el grupo, aparte de la misma Mollie, era Jacob Abrams, de treinta y dos años, que había inmigrado de Rusia en 1906. En 1917, como secretario de la Unión de Encuadernadores, Abrams había luchado para impedir la extradición de Alexander Berkman a San Francisco, en donde las autoridades estaban tratando de implicarlo en el famoso caso dinamitero Mooney-Billings. Otro miembro del grupo era la esposa de Abrams, Mary, una sobreviviente del trágico incendio del triángulo Shirtwaist en 1911, del que logró escapar con heridas leves saltando desde una ventana. Los demás eran Hyman Lachowsky, un impresor; Samuel Lipman de veintiún años, más marxista que anarquista, la amiga de Lipman: Ethel Bernstein; su hermana Rose Bernstein; Jacob Schwartz; Sam Hartman; Bernard Sernaker -cuyas hijas Germinal y Harmony, asistían a la Escuela de Ferrer en Stelton-; Clara Larsen, Sam e Hilda Adel; Zalman y Sonya Deanin.

El grupo como colectivo, editaba y distribuía su periódico en secreto porque había sido proscrito por el gobierno federal, a causa de su oposición al “esfuerzo americano de guerra”, sin hablar de su orientación anti-capitalista, pro revolucionaria y pro soviética, “la única guerra justa es la revolución social”, proclamaba su encabezado (“Der ayntsiger gerekhter krig iz sotsiale revolutsie”). Después de imprimir el periódico en una prensa manual, el grupo lo envolvía muy bien y, de noche, lo introducía en los buzones de toda la ciudad. Los oficiales federales y locales pronto sospecharon de sus actividades, pero eran incapaces de seguirles las huellas, hasta que ocurrió un incidente que llevó a Abrams, a Mollie y a sus camaradas a figurar en la primera plana de los periódicos e ir a parar a la cárcel.

Lo que provocó el incidente fue el desembarco de tropas americanas en la Rusia Soviética durante la primavera y el verano de 1918. Viendo la intervención como una maniobra contrarrevolucionaria, los miembros del grupo “Frayhayt” decidieron detenerla. Para este propósito, elaboraron dos octavillas, una en inglés y otra en Yiddish, incitando a los trabajadores americanos a iniciar una huelga general.

“¿Permitirán ustedes que la revolución rusa sea aplastada?” Preguntaba la octavilla en inglés. “¡**A ti**, nos referimos, pueblo de América! **La revolución rusa pide ayuda a los trabajadores del mundo**. La revolución rusa grita: ¡**Trabajadores del mundo**! ¡**Despierten**! ¡**Levántense**! ¡**Derriben a su enemigo que es el mío**! Sí, amigos, sólo hay un enemigo de los trabajadores del mundo y éste es el **Capitalismo**”. La octavilla Yiddish contenía un mensaje similar: “¡Trabajadores, nuestra respuesta a la bárbara intervención debe ser una huelga general! Una demostración abierta dejará saber al gobierno que no sólo el trabajador ruso pelea por la libertad, sino que también aquí, en América, está vivo el espíritu de revolución. No dejen que el gobierno amedrente con su salvaje castigo en las cárceles, ahorcando y fusilando. No debemos traicionar, y no lo haremos, a los maravillosos luchadores de Rusia. Trabajadores, ¡A pelar!”

De cada octavilla imprimieron cinco mil ejemplares. Mollie distribuyó la mayoría de ellas en diferentes lugares pro toda la ciudad. Luego, el veintitrés de agosto de 1918, tomó las que quedaban para la fábrica donde trabajaba ubicada en la bajo Manhattan. Distribuyó algunas de mano en mano, y tiró las que le sobraban por una ventana de los sanitarios del piso superior. Al caer en la calle, fueron recogidas por un grupo de trabajadores que informó el hecho inmediatamente ¡¡¡a la policía!!! La policía a su vez notificó al Servició de Inteligencia Militar Norteamericano, quién envió dos sargentos del ejército al edificio. Cuando subían al edificio, encontraron a un joven trabajador llamado Hyman Rosanky, un nuevo integrante del grupo “Frayhayt”, que habían estado ayudando en la distribución de las octavillas. Rosanky admitió su participación, confesó e implicó al resto de sus camaradas. Mollie fue apresada rápidamente en compañía de Lachowsky y Lipman. El mismo día, la policía hizo una redada en el cuartel general del grupo en la calle East 104, arrasando el departamento y arrestando a Jacob Abrams

y a Jacob Schwartz, quienes fueron golpeados a puño y macana durante el camino a la comisaría. Cuando llegaron, una nueva paliza les fue administrada, hasta tal punto que, Schwartz estaba escupiendo sangre. Poco después trajeron a Lashowsky, magullado y sangrado. Durante los siguientes días, el resto del grupo fue detenido e interrogado. Algunos fueron puestos en libertad, pero Abrams, Steimer, Lachowsky, Lipman y Schwartz fueron acusados bajo el cargo de “conspiración”, al violar la “Ley de espionaje”, aprobada al principio de ese año por el Congreso. A Rosansky, quien había cooperado con las autoridades se le concedió una postergación para que rindiera su declaración.

El caso Abrams, nombre bajo el que se llegó a conocer, constituye una marca de la represión de las libertades civiles en los Estados Unidos. Fue el primer proceso importante en tiempo de la “Ley de espionaje”, y se le mencionó en todos los relatos clásicos referentes al tema, como una de las más flagrantes violaciones de los derechos constitucionales durante la histeria de la “Amenaza roja”, que siguió a la primera guerra mundial. El juicio, que duró dos semanas, se abrió el diez de octubre de 1918 en la Corte Federal de Nueva York. Los acusados eran Abrams, Steimer, Schwartz, Lachowsky y Lipman. Schwartz, sin embargo, nunca compareció ante la Corte. Habiendo sido violentamente golpeado por la policía, fue trasportado al hospital Bellevue, en donde murió el catorce de octubre, mientras se ventilaba el juicio. Los informes oficiales atribuyeron su muerte a la gripe española, una epidemia que estaba asolando por aquel entonces. En realidad, fue brutalmente asesinado. Su funeral se transformó en una demostración política; y el veinticinco de octubre un mitin memorable, encabezado por Alexander Berkman, fue organizado en su honor en el Palacio Parkview. Concurrieron mil doscientos dolientes, quines escucharon emocionantes discursos por John Reed, que ya había sido arrestado por condenar la intervención americana en Rusia; y por Harry Weinberger, el abogado defensor en el caso Abrams, quien anteriormente había representado a Alexander Berkman y a Emma Goldman en su juicio organizado por oponerse a la conscripción militar en 1917.

El caso Abrams fue presentado ante el juez Henry Delamar Clayton, quien durante dieciocho años fue diputado por Alabama en el Congreso. Clayton demostró ser otro Gary o Thayer, los jueces en los casos de Haymaker y Sacco y Vanzetti. Interrogó a los acusados acerca de su actividad en relación al “amor libre”, y se mofaba y los humillaba todo el tiempo:

Clayton – “ustedes hablan continuamente acerca de los productores”, dijo a Abrams. “¿Ahora puedo preguntarle porque no se va y hace algo productivo? En este País hay bastantes terrenos baldíos que necesitan cuidados”.

En otra ocasión, cuando Abrams se llamó anarquista y agregó que Cristo era también anarquista, Clayton lo interrumpió: “Nuestro señor no está enjuiciado aquí. Y usted si lo está”. Abrams comenzó a contestar: “Cuando nuestros antepasados de la revolución americana…”, sólo hasta ahí pudo llegar. Clayton le interrumpió bruscamente:

Clayton – “¿Sus que?”

Abrams – “Mis antepasados”

Clayton – “¿Quiere decir que se refiere a los padres de esta nación como a sus antepasados? Bien, supongo que también podemos dejar esto fuera, porque Washington y los demás no están enjuiciados aquí”

Abrams explicó que los había llamado de esa manera porque “tengo respeto hacia ellos. Somos una gran familia humana y, digo “nuestros antepasados”. A aquellos que defienden a la gente, los llamo padres”.

Weinberger, el abogado defensor, intentó demostrar que la “Ley de espionaje” estaba encaminada a penalizar las actividades que obstruyeran la “conducción americana de la guerra”, y que, ya que la intervención americana no estaba dirigida contra Alemania o sus aliados, entonces la oposición a ella por los acusados no podía ser interpretada como una interferencia al “esfuerzo de guerra”. Este argumento, sin embargo, fue desechado por el Juez Clayton con la observación de que “las flores que florecen en primavera no tienen nada que hacer en este caso”. El “New York Times”, elogiando los métodos “medio humorísticos del juez”, declaro que merecía “las gracias de la ciudad y del país por la manera en que condujo el juicio”. Upton Sinclair, oponiéndose, señalo que Clayton había sido importado de Alabama para poner a salvo la calle Hester de la democracia.

Antes de terminar el juicio, Mollie Steimer pronunció un convincente discurso en el que expuso sus opiniones políticas:

“Por anarquismo -declaro-, entiendo un nuevo orden social en donde ningún grupo de gente estará en el poder, ningún grupo de gente será gobernando por otro grupo de gente. La libertad individual prevalecerá en todo el sentido de la palabra. La propiedad privada será abolida. Cada individuo tendrá igual oportunidad para desarrollarse bien, tanto mental como físicamente. No tendremos que luchar por nuestra existencia diaria como lo estamos haciendo ahora, nadie vivirá del producto de los demás. Cada individuo producirá tanto como pueda, y disfrutará tanto cuanto necesite, recibirá según sus necesidades. En lugar de esforzarnos por tener dinero, nos esforzaremos para desarrollar la educación y el conocimiento. Mientras que ahora la gente del mundo está dividida en varios grupos, llamándose naciones; mientras que una nación desafía a otra -en la mayoría de los casos considera a las demás como competidoras-, nosotros, los trabajadores del mundo, tenderemos nuestras manos hacía cada uno con amor fraternal. Para la realización de esta idea consagraré toda mi energía, daré mi vida por ella”.

Con un juez como Clayton en el tribunal, el resultado del juicio era previsible. El jurado encontró culpables a todos los acusados. El día de la sentencia, el veinticinco de octubre, Samuel Lipman dio un paso adelante y comenzó a dirigir al tribunal unas palabras sobre la democracia. “Ustedes no sabe nada acerca de la democracia -dijo el juez Clayton-, y lo única caso que entiende es el terror de la anarquía”. Clayton sentencio a los tres hombres -Lpiman , Lachowsky y Abrams-, a la pena máxima de veinte años de cárcel y a mil dólares de multa; mientras que Mollie recibía quince años y quinientos dólares de multa. (Rosansky, en una sesión separada se libró con un periodo de tres años). El rigor de las sentencias por la simple distribución de octavillas, sorprendió a los liberales y radicales. Un grupo de profesores de la Escuela de Derecho de Harward, encabezado por Zechariah Chafee, declaró que los acusados habían sido enjuiciados solamente por abogar, a favor de la no intervención en los asuntos de otras nación; esto es, por ejercer el derecho a la libertad de palabra. “Después de jactarnos durante más de un siglo de ser refugio para los oprimidos de todas las naciones -declaro el profesor Chafee-, no debemos de repente caer en la posición de que sólo somos un refugio para los hombres que no son más radicales que nosotros. ¡Imagínense si la Inglaterra monárquica hubiese tomado tal posición contra el republicano Mazzini o el anarquista Kropotkin!“

“Todo el ejecutivo legislativo en Harvard” se unió a Chafee para elaborar una solicitud de amnistía, incluyendo aquellos distinguidos juristas como Rascoe Pound, Edgard B. Admas y Félix Frankfurt. Similares peticiones presentaron Norman Thomas, Hutchins Hapgood, Neith Boyce, Leonard Abbot, Alice Stone Blackwell, Henry Wadsworth, Longfellow Dana y Bolton Hall. En Detroit, Agnes Inglis, la futura Conservadora de la Colección Labadie en la Universidad de Michigan, abogó a favor de los acusados. Un anarquista italiano de la misma ciudad escribió una obra sobre el caso; él y sus compañeros actuaron en ella. Además, dos organizaciones en Nueva York ofrecieron su ayuda a los prisioneros, quienes, apelaron su sentencia ante la Suprema Corte de los Estados Unidos. La primera, la “Liga por la Amnistía de los Prisioneros Políticos”, presidida por Pryns Hopkins, con M. Eleanor Fitzgerald como secretaria y Leonard

Abbott, Roger Balwin, Lucy Robins, Margaret Sanger y Lincoln Steffens como miembros de la Dirección consultiva, publicaron una octavilla sobre el caso, “¿Opinar es un crimen?” La segunda, “El comité de Defensa y Ayuda para los prisioneros políticos”, estaba organizada por Sam e Hilda Adel, en compañía de antiguos miembros del grupo “Frayhayt” apoyados por el “Fraye Arbeter Shtime”, “El Círculo de Trabajadores” y la “Unión de los encuadernadores” en la que Abrams había participado como secretario. En 1919 publican un folleto de treinta y dos páginas intitulado “Sentenciados a veinte años de cárcel”, que constituye una valiosa fuente de información sobre el caso, del cual “La unión de los trabajadores rusos en los Estados Unidos y Canadá”, público una traducción en ruso.

Entre tanto, los cuatro anarquistas fueron liberados bajo fianza para esperar resultados de su apelación, Inmediatamente Mollie reanudó sus actividades radicales. Como resultado, las autoridades le seguían continuamente los pasos. En los siguientes once meses fue arrestado no menos de ocho veces, detenida en la comisaría durante cortos períodos, puesta, en libertad, luego arrestada nuevamente, algunas veces sin que se hubiese presentado cargos contra ella. El once de marzo de 1919, fue arrestada en la Casa del Pueblo Ruso, situada en la calle East 15, durante una redada de la policía local y federal que arrestó a ciento sesenta y cuatro radicales, entre quienes se encontraban los que posteriormente serían deportados junto con Alexander Berkman y Emma Goldman en el “Buford”. Acusada de incitar al desorden, Mollie fue detenida durante ocho días en la famosa prisión Tombs antes de ser puesta en libertad bajo fianza de mil dólares, sólo para ser arrestada de nuevo y llevado a la isla Ellis en vista de deportarla. Vigilada durante veinticuatro horas al día, se le negaba que hiciera ejercicios y respirara aire fresco e igualmente el derecho a juntarse con los demás prisioneros políticos, entonces comenzó una huelga de hambre hasta que las autoridades accedieron a sus demandas. “Toda la maquinaria del gobierno de los Estados Unidos estaba trabajando para aniquilar a esta chica que pesaba menos de ochenta libras”, se lamentaba Emma Goldman.

Sin embargo, el gobierno no estaba listo para deportar a una prisionera de veintiún años, cuyo caso estaba todavía pendiente ante las cortes. Liberada de la isla Ellis, Mollie fue sujeta a una vigilancia constante. En el otoño de 1919, cuando Emma Goldman regresó a Nueva York después de cumplir una sentencia de dos años en la penitenciaría federal de Jefferson City, Missouri, Mollie aprovechó la oportunidad para visitarle. Fue el principio de una duradera amistad. Mollie le hacía recordar a Emma las mujeres revolucionarias rusas del tiempo del zar, serias, ascéticas e idealistas, que “sacrificaban sus vidas cuando apenas comenzaban a vivir”. Según la descripción de Emma, Mollie era una muchacha pequeña, simpática y de facciones orientales. Era encantadora, y agregaba: “con una voluntad de hierro y mucha ternura, tan firme en sus ideas que me evocaba a Alexander Berkman”, decía bromeando a su sobrina Stella Ballantine.

Poco después de su encuentro con Emma Goldman, de nuevo fue arrestada y encarcelada en el taller de trabajo de la isla de Blackwell, en donde pasó seis meses, desde el treinta de octubre de 1919 hasta el veintinueve de abril de 1920. Encerrada en una inmunda celda, aislada una vez más de sus compañeros prisioneros y despojada de cualquier contacto con el mundo exterior protestaba cantando “La Marcha Anarquista” y otras canciones revolucionarias con todas sus fuerzas y con otra huelga de hambre. Por entonces llegó la noticia de que la Suprema Corte había ratificado la sentencia de Mollie y de sus compañeros. Sin embargo, dos jueces, Louis Brandeis y Oliver Wendell Holmes, emitieron una fuerte opinión divergente, estando de acuerdo con los acusados en que su propósito había sido el de ayudar a Rusia y no el impedir el “esfuerzo de guerra”. “En esta caso -escribió Holmes- creo que sentencias de veinte años de encarcelamiento han sido injustas por publicar dos octavillas que, en mi opinión, los acusados tenían tanto más derecho de publicar como el gobierno debe publicar la constitución de los Estados Unidos, la que ahora ha sido vanamente invocada por ellos”.

Cuando la Suprema Corte anunció su decisión, Abrams, Lipman y Lachowsky, haciendo caso omiso de lo que significaba su libertad bajo fianza, intentaron escapar desde New Orleáns a México. Descubiertos por agentes federales, su barco fue detenido y los hombres fueron trasladados y llevados a la cárcel federal de Atlanta Georgia, de la cual Alexander Berkman acababa de salir, estando pendiente su deportación a Rusia. Como Berkman, Abrams y sus compañeros pasaron dos años en la cárcel de Atlanta, desde diciembre de 1919 hasta noviembre de 1921. Mollie, que había sido informada de su plan de fuga, rehusó cooperar porque significaba la pérdida de cuarenta mil dólares de fianza aportados por sencillos trabajadores. Sentía que defraudar a hombres y mujeres que les habían ayudado, sería cometer una acción indecorosa.

En abril de 1920, fue transferida de la isla de Blackwell a Jefferson City, Missouri, en donde Emma Goldman había sido confinada antes de su deportación con Berkman en diciembre de 19191.

Mollie permaneció en Jefferson City durante dieciocho meses. Desde que empezó el juicio, su vida se había convertido en una tragedia. Además de sus repetidos encarcelamientos, habían muerto, uno de sus hermanos, de gripe, así como su padre a consecuencia de la pena que le provocó el saber de la condena impuesta a su hija. No obstante no se desesperó. Realmente, la devoción a sus ideales era más fuerte que nunca. En una carta a Harry Weinberger del veintisiete de enero de 1921, citó un poema de Edward V. Cooke:

«You cannot salt the eagle’s tail,
Nor limit thought’s dominion;
You cannot put ideas in jail,
You can’t deport opinion».*

Mientras tanto, Weinberger, con el apoyo del Comité de Defensa y Ayuda a los Prisioneros Políticos, estaba tratando de asegurar la liberación de sus clientes bajo la condición de deportarlos a Rusia. Mientras que Abrams y Lipman apoyaban tal arreglo, Lachowsky y Steimer se oponían en principio a la deportación. Mollie, en particular, estaba firme en su posición. “Creo yo -dijo a Weinberger-, que cada persona debe escoger donde vivir. ¡Ningún individuo ni grupo o individuos tiene el derecho de enviarme fuera de éste o de cualquier otro país!” Estaba interesada también en los demás prisioneros políticos en América que permanecerían detrás de las rejas. “Son mis camaradas también, y pienso que es extremadamente egoísta y contrario a mis principios de anarquista-comunista pedir mi liberación y la de tres individuos más, cuando, al mismo tiempo, miles de prisioneros políticos están languideciendo en las cárceles de los Estados Unidos”.

Abrams, exasperado por la obstinada adherencia de Mollie a sus principios, planteó a Weinberger su opinión: “Uno debe aproximarse a ella como a un buen cristiano, con una Biblia de Bakunin o Kropotkin. De otra manera usted nunca lo lograría”. Por fin se llegó a un cuerdo, y Weinberger obtuvo la liberación de los cuatro prisioneros, con la estipulación de que partirían a Rusia a expensas suyas, y nunca regresarían a los Estados Unidos. El Comité de Defensa y Ayuda a los Prisioneros Políticos, organizó una colecta para sufragar sus gastos de viaje, y en noviembre de 1921 Mollie y los demás llegaban a la isla Ellis en espera de su deportación. No mostraban ninguna pena por dejar América. Al contrario, estaban ansiosos por regresar a su tierra y trabajar para la revolución. Como su compañero Marcus Graham escribió: “En Rusia, su actividad se necesita todavía más. Porque allí, está rigiendo un gobierno disfrazado bajo el nombre del “proletariado” y está haciendo todo lo imaginable para esclavizar al proletariado”. Aunque los amigos de Mollie y toda su familia estaban en los Estados Unidos, se entusiasmaba

* No pueden cortarle las alas a un águila/Ni limitar el alcance del pensamiento/No pueden aprisionar las ideas/Ni deportar las opiniones.

con la perspectiva de regresar a Rusia. “Me dedicaré a mi ideal, el comunismo-anarquista, en cualquier país en donde esté” -dijo a Harry Weinberger cinco días antes de su deportación-. Dos días después el 21 de noviembre de 1921, una cena de despedida fue dada en el restaurante Allaire en la calle East 17, en honor de los cuatro jóvenes anarquistas, con discursos de Harry Weinberger, Leonard Abbott, Harry Kelly, Elizabeth Gurley Flynn, Norman Thomas y otros. Desde su celda en la isla Ellis, Mollie envió un llamado a “todos los americanos amantes de la libertad” para que se integraran a la revolución social.

El 24 de noviembre de 1921, Mollie Steimer, Samuel Lipman, Hyman Lachowsky y Jack Abrams, acompañado por su esposa Mary, embarcaron hacia la Rusia Soviética en el vapor “Estonia”. El “Fraye Arbeter Shtime” publicó una advertencia. A pesar de su oposición a la intervención americana y de su apoyo al régimen bolchevique, el periódico predecía que no recibirían la bienvenida esperada porque Rusia ya no era un asilo para los verdaderos revolucionarios sino más bien una tierra de autoridad y de represión. La predicción pronto se confirmó. Víctimas de la “Amenaza Roja” en América, se volvieron víctimas del “Terror Rojo” en Rusia. Llegando a Moscú el 15 de diciembre de 1921, supieron que Emma Goldman y Alexander Berkman ya habían salido para Occidente, desilusionados por el giro que la revolución había tomado (la decepción de Mollie al perder la oportunidad de encontrarlos era “muy profunda”, según una carta a Harry Weinberger). Kropotkin había fallecido en febrero y la rebelión de Kronstadt había sido sofocada en marzo. El ejército insurgente de Makhno había sido desbaratado, cientos de anarquistas estaban languideciendo en la cárcel, y los soviets de trabajadores y campesinos se habían convertido en meros instrumentos de la dictadura del partido, sellos de goma para una nueva burocracia.

Abrams organizó la primera lavandería de vapor en Moscú haciéndola funcionar en el sótano del Ministerio Soviético de Relaciones Exteriores. Aún podían trabajar en la casa editora del grupo anarcosindicalista “Golos Truda” (“Voz del Trabajo”). Lipman se reunió con su amada, Ethel Bernstein, que había llegado deportada en el “Buford”. Siempre más cercano de marxismo que el anarquismo, terminó una carrera de agronomía y en 1927 se afilió al partido comunista. Lachowsky, descontento en Moscú, regreso a su ciudad natal de Minsk, para trabajar como impresor. Y Mollie conoció a Senya Fleshin que sería el compañero de toda su vida. Tres años mayor que Mollie, Senya había nacido en Kiev en diciembre de 1894 y emigrado a los Estados Unidos a la edad de dieciséis años, trabajando en el local de “Mother Earth" de Emma Goldman hasta que regresó a Rusia en 1917 para tomar parte en la revolución. Fue miembro activo en el grupo “Golos Truda” en Petrogrado y después en la Confederación del NABAT (“Alarma”) en Ukrania. En 1920 regresó a Petrogrado para trabajar en el Museo de la Revolución. Fue ahí cuando conoció a Mollie Steimer poco después de su llegada de América, e inmediatamente se enamoraron.

Profundamente perturbados por el aniquilamiento de su movimiento, Senya y Mollie organizaron una “Sociedad de Ayuda a los Prisioneros Anarquistas”, viajando por todo el país para socorrer a sus camaradas encarcelados. El 1º de noviembre de 1922, ellos mismos fueron arrestados por la “G. P. U.” bajo el cargo de prestar ayuda a elementos criminales en Rusia y de mantener relaciones con anarquistas en el extranjero (tenían correspondencia con Berkman y Goldman). Sentenciados a dos años de exilio en Siberia, se declararon en huelga de hambre el 17 de noviembre en la cárcel de Petrogrado, y fueron puestos en libertad al día siguiente. No obstante se les prohibió salir de la ciudad y se les ordenó reportarse a las autoridades cada cuarenta y ocho horas. Sin esperar mucho tiempo, Senya y Mollie reanudaron sus esfuerzos a favor de sus camaradas encarcelados. El 9 de julio de 1923, la “G. P. U.” incursionó en su cuarto, de nuevo fueron puestos bajo arresto, y acusados de propagar ideas anarquistas, en violación a los artículos 60-63 del Código Penal Soviético. Al ser separados de sus compañeros prisioneros, una vez más se declararon en huelga de hambre. Protestas a Trotsky hechas por los delegados anarcosindicalistas venidos a un Congreso del (Profintern) Red Internacional of Trade Unions pronto influyó para su liberación. Sin embargo, esta vez, se les notificó que su expulsión del

país estaba pendiente. Desde Moscú llegaron Jack y Mary Abrams y Ethel Bernstein para despedirse de ellos. El 27 de septiembre de 1923, abordaron un barco con destino a Alemania.

Desembarcando en Alemania, Senya y Mollie se dirigieron directamente a Berlín, en donde Alexander Berkman y Emma Goldman les estaban esperando. Llegaron hambrientos, sin dinero y sin pasaportes permanentes. Durante los siguientes veinticinco años vivieron como “apátridas”, anarquistas sin país, hasta que adquirieron la nacionalidad mexicana en 1948. De Berlín Mollie envió dos artículos al londinense “Freedom”: “Saliendo de Rusia” (enero de 1924) y, “Los comunistas son carceleros” (mayo de 1924), en los cuales describió su reciente experiencia. Cuando fue deportada de América dos años antes, estaba eufórica, dijo, pero sentía mucha pena ser deportada de Rusia a pesar de que “la hipocresía, la intolerancia y la traición de los bolcheviques despertaron en mí un sentimiento de indignación y de rebeldía”. De la misma manera, en una octavilla publicada por la “Naye Gezelshaft” (“Nueva Sociedad”), un grupo de Los Angeles, escribió que ella había estado “profundamente afligida” cuando la expulsaron de su tierra nativa, el país de una gran revolución popular que había sido usurpada por una élite bolchevique. “No, no estoy feliz de estar fuera de Rusia. Preferiría estar ahí para ayudar a los trabajadores a combatir las acciones tiránicas de los hipócritas comunistas”.

En Berlín, y después en París, Senya y Mollie reanudaron su trabajo de ayuda que los condujo a su deportación. Junto con Alexander Berkman, Emma Goldman, Alexander Shapiro, Volin y Mark Mratchny, tomaron parte en el Comité para la Defensa de los Revolucionarios Encarcelados en Rusia (1923-1926) y, en el Fondo de Ayuda de Asociación Internacional de Trabajadores para los Anarquistas y Anarcosindicalistas Encarcelados en Rusia (1926-1932), sin escatimar esfuerzos para mantener un flujo constante de paquetes y mensajes de estímulo para sus camaradas encarcelados y exiliados. Sus archivos depositados en el Instituto Internacional de Historia Social en Ámsterdam, rebosan de cartas de Siberia, del Mar Blanco, y de Asia central, de aquellos lugares de fama exótica tales como Pinega, Minusinsk, Ust-Kulom, Narym y Yeniseisk, que formaban parte del archipiélago Gulag; también hay algunas cartas de anarquistas que habían conocido en América.

En París, a donde Senya y Mollie se trasladaron en 1924, vivieron en un apartamento con Volin y su familia, antes de mudarse con otro anarquista ruso fugitivo, Jacques Doubinsky. En 1927 se unieron a Volin, Doubinsky y Berkman en la creación del grupo de ayuda mutua de París para socorrer a los exiliados compañeros anarquistas -no sólo de Rusia, sino también de Italia, España, Portugal y Bulgaria-, que no tenían dinero, ni documentos legales, y que estaban en constante peligro de ser deportados, lo que en algunos casos habría significado una muerte segura. Al mismo tiempo, se unieron a Volin, Berkman y a otros para denunciar la Plataforma de Organización elaborada por otro exiliado ruso, Pedro Arshinov, apoyado por Nestor Makhno. En opinión de Senya y Mollie, la Plataforma de Organización, con su llamado para crear un comité central ejecutivo, contenía el germen del autoritarismo y se oponía al principio básico anarquista de armonía local y de iniciativa. “¡Ay! -exclamó Mollie en 1927-, el espíritu entero de la “Plataforma” está penetrado por la idea de que las masas **deben ser políticamente dirigidas** durante la revolución. Ahí comienza la desgracia, el resto… está basado principalmente en esta idea. Brega por un partido anarquista-comunista de los trabajadores, por un ejército… por un sistema de defensa de la revolución que conducirá inevitablemente a la creación de un sistema de espionaje, de inquisidores, de prisiones y de jueces, por consiguiente a una checa”.

Para ganarse la vida, Senya, mientras tanto, adoptó la profesión de fotógrafo, por la que demostró tener un talento notable, convirtiéndose en el Nadar del movimiento anarquista, con sus retratos de Berkman, Volin y muchos otros compañeros, algunos de ellos conocidos y otros no, así como una amplia colección de recortes de la prensa anarquista. En 1929, Senya fue invitado a trabajar en el estudio de Sasha Stone en Berlín. Ahí, auxiliado por Mollie, permaneció hasta 1933, cuando la subida de Hitler al poder les obligó a regresar a París, en donde se quedaron hasta el estallido de la segunda guerra mundial. Durante esos cuatro años de exilio

en las décadas de los 20’s y de los 30’s, Senya y Mollie recibieron un continúo vaivén de visitantes -Harry Kelly, Rose Pesotta, Rudolf y Milly Rocker, entre otros- algunos de los cuales escribieron posteriormente acerca de ellos. Kelly, por ejemplo, encontró a Mollie “tan pueril aparentemente como siempre, y tan idealista también”.

El encuentro más emocionante de estos años ocurrió en 1926, cuando Jack y Mary Abrams llegaron de Rusia, desilusionados por el sistema soviético. Durante varias semanas los cuatro viejos compañeros compartieron la recámara de Senya y Mollie en el departamento de Volin, hablando de los viejos tiempos y preguntándose acerca de lo que les reservaría el futuro. Posteriormente, los Abrams partieron a México, en donde vivieron el resto de sus vidas. En lo que respecta a los demás acusados en el juicio de 1918, Lachowsky se había trasladado a su nativa Minsk y nunca se volvió a saber de él. Mientras que Sam Lipman, habiéndose graduado como agrónomo y afiliado al partido comunista, trabajó como especialista en su rama hasta la gran purga de Stalin, cuando fue arrestado y fusilado. Su mujer Ethel, fue enviada a un campo de concentración en Siberia durante diez años y actualmente reside en Moscú, sola y empobrecida. Su único hijo, murió en el frente durante la guerra contra Hitler.

El estallido de la guerra en 1939 encontró a Senya y Mollie en París. Al principio no fueron molestados, pero al poco tiempo, sus orígenes judíos y sus convicciones anarquistas los descubrieron. El 18 de mayo de 1940, Mollie fue confinada en un campo de concentración, mientras que Senya, ayudado por compañeros franceses, arregló su huida hacia la zona desocupada del país. De alguna manera, Mollie pudo salir y los dos se reunieron en Marsella, en donde vieron por última vez a su viejo amigo Volin, en el otoño de 1941. Poco después cruzaron el Atlántico y se asentaron en la ciudad de México. “Cómo sufro por nuestros queridos compañeros desamparados -escribió Mollie a Rudolf y Milly Rocker en diciembre de 1942-, ¡Quién sabe que pasará con Volin, con todos nuestros amigos españoles, con nuestra familia judía! ¡Todo esto es una locura!”

Durante los siguientes veinte años, Senya abrió un estudio fotográfico en la ciudad de México bajo el nombre de **Semo** -por Senya y Mollie-. Durante esta época, establecieron una estrecha relación con los compañeros españoles del grupo “Tierra y Libertad”, aún cuando persistían sus fraternales relaciones con Jack y Mary Abrams, no obstante la amistad de Jack con Trotsky, que se había sumado a la colonia de exiliados en México. Poco tiempo antes de su muerte en 1956, a Abrams le fue concedido entrar a los Estados Unidos para que fuera operado de un cáncer en la garganta. “Era un hombre agonizante que podía difícilmente moverse -recordaba su amiga Clara Larsen-. ¡Aún así estaba vigilado por un agente del F. B. I. veinticuatro horas del día!”

Sin embargo, Mollie nunca regresó a Estados Unidos de Norteamérica, sus amigos y parientes debían cruzar la frontera para visitarla en la ciudad de México o en Cuernavaca, en donde ella y Senya se retiraron en 1963. Cuando la deportaron de los Estados Unidos, Mollie había hecho la promesa de “abogar por mi ideal, el anarquismo-comunismo, en cualquier país en donde estuviera”. En Rusia, en Alemania, en Francia, y ahora en México, ella siguió fiel a su promesa. Expresándose perfectamente en ruso, yiddish, inglés, alemán, francés y español, mantenía correspondencia con compañeros y con la prensa anarquista de todo el mundo. También recibía muchos visitantes, incluso a Rose Pesotta y a Clara Larsen de Nueva York. En 1976, fue filmada por un equipo holandés de televisión que trabajaba en un documental sobre Emma Goldman, y a principios de 1980, lo fue de nuevo por el Colectivo Pacific Street de Nueva York, en donde habló de su querido anarquismo del que Alexander Berkman decía: “el ideal más hermoso que se le haya ocurrido a la humanidad”. En sus últimos años, Mollie se sentía cansada. La afligió profundamente la muerte de Mary Abrams en 1978. Al final, sin embargo, su pasión revolucionaria seguía ardiendo en llamas inextinguibles.

Salud, querida Mollie. Salud y Libertad.*

Paul Avrich

TESTIMONIO DE MOLLIE STEIMER

Regresando de la estación a las doce del día, el 1º de noviembre de 1922, encontré mi habitación cerrada y vigilada por dos soldados y un agente de la "G. P. U." vestido de civil. El último pidió mi nombre, y luego me dijo que estaba bajo arresto, y que fuera con él al cuartel general de la "G. P. U.". La casa estaba llena de gente que había sido detenida a pesar de ser pacientes venidos a consulta con el doctor en cuya casa ocupaba yo un cuarto. No solamente ellos, sino los profesores que visitaban a la hija del doctor que se encontraba seriamente enferma, fueron también hechos prisioneros durante tres días.

Al segundo día de mi arresto me presentaron ante el agente Shmitkov. Rehusé contestar a sus preguntas pero exigí saber por que había sido arrestada. "Usted -me dijo-, está acusada de pertenecer a una organización secreta que está prestando ayuda a los anarquistas encarcelados, y que tiene contactos en Europa y América". "¿Cómo se le ocurre llamar a la sociedad que ayuda a los anarquistas encarcelados una "organización secreta"? -le pregunté-. Apenas hace algunos días visité la "G. P. U." para intervenir a favor del compañero Nicolaev. Ante usted, nuestra sociedad había delegado a Tatyana Polozova, a Fleshin, y a mi misma incontables veces para interceder en favor de diferentes compañeros, y siempre nos aceptó como delegados de una *conocida organización*. ¿Por qué de repente la llama usted "secreta" y la considera "contrarrevolucionaria"?" En vez de contestar, cambió de tema y me preguntó como podía ser que yo tuviera relaciones con esos "contrarrevolucionarios": Emma Goldman y Alejandro Berkman. Naturalmente, una discusión comenzó sobre el significado de la palabra "contrarrevolucionario". Pero el hombre era de tan estrecho y cerrado entendimiento que no vi ningún sentido el discutir con él y abandoné la pieza.

Poco tiempo después, me llevaron a la Casa de Encierro Preliminar. Esa vez éramos 29 anarquistas arrestados, y a pesar de que a todos nos llevaron a otra cárcel, aún estábamos seguros de que pronto nos dejarían en libertad debido al hecho de que el gran día festivo -7 de noviembre- debía ser celebrado…

No obstante, a la tercera semana de nuestro encarcelamiento el mismo Shmitkov me entregó -en forma escrita- la siguiente sentencia: "Mollie Steimer, dos años de exilio en Obdorsk, Siberia". El compañero Fleshin recibió la misma sentencia. Inmediatamente enviamos una declaración a la "G. P. U." manifestándonos en huelga de hambre para protestar contra esa acción y pidiendo nuestra liberación. La huelga comenzó el 17 de noviembre y a las ocho de la noche del día 18 fuimos liberados bajo las siguientes condiciones: no abandonar Petrogrado y presentarnos a la "G. P. U." dentro de dos días. Luego nos pidieron hacer una declaración escrita en la que nos comprometíamos a dejar de realizar propaganda anarquista; lo que nos rehusamos hacer. Posteriormente nos dijeron que pronto nos enviarían a Siberia, o si estábamos de acuerdo nos darían los documentos necesarios para ir a Europa.

En esa época algunos anarco-sindicalistas franceses que eran delegados a Rusia para asistir al Congreso Internacional de las Uniones Rojas de Trabajo, se enteraron de este caso y

* En castellano en el texto original.

preguntaron a Lozovsky de que banditismo se trataba para que Fleshin y yo estuviéramos acusados. También escribieron una carta de protesta a Trotsky. Como resultado de su intercesión, no fuimos hostigados por la “G. P. U.” durante varios meses.

SEGUNDO ARRESTO

El 9 de julio de 1923, a la una de la mañana, me despertaron pisadas y ruidosas voces que provenían del pasillo, y antes de que pudiera comprender algo sonaron fuertes golpes sobre la puerta. Cuando pregunté quienes eran, me contestaron que Steimer y Fleshin eran requeridos por la “G. P. U.”. En el momento de abrirles la puerta, siete hombres irrumpieron salvajemente, apuntándonos con sus revólveres y ordenándonos que lazáramos las manos, en seguida fuimos registrados y se nos ordenó que mostráramos el lugar que ocupábamos. Después de registrar el pequeño cuarto durante tres horas, tomaron algunos libros y folletos que se vendían legalmente en las librerías de Rusia. Luego, el jefe del grupo, Ivanov, nos leyó la orden de arresto. Después nos llevaron a la prisión de la “G. P. U.”, calle Gorohovaya, No. 2.

El 11 de ese mismo mes, Ivanov me interrogó:

P. – ¿Es usted anarquista?
R. – Sí.

P. – ¿Conoce usted a Maria Veger?
R. – Rehúso contestar.

P. – ¿Conoce usted a Alexey Alonetzky?
R. – Rehúso contestar.

P. – ¿Da conferencias Maria Veger sobre anarquismo ante grupos de estudiantes, no es cierto?
R. – Rehúso contestar.

P. – ¿Han realizado asambleas anarquistas?
R. – Rehúso contestar.

P. – ¿Ha visitado el Colegio Nacional de Ingeniería de la calle Sodovaya el 3 de julio?
R. – Sí, estuve ahí.

P. – ¿Qué hizo usted?
R. – Yo averiguaba sobre los libros pertenecientes a Marcus Kamchi; ahora, él está prisionero y desea sus libros para continuar sus estudios.

Después supe que a causa de mi visita a esta escuela el joven estudiante Petrov, fue arrestado bajo sospecha de tener contactos con anarquistas; siendo expulsado de la escuela y sentenciado a 2 años de exilio.

Nos tuvieron en prisión durante cuatro días. Fueron días y noches espantosas. Esos minúsculos pedazos de cuevas oscuras que ahí llaman celdas están infestadas de insectos: piojos y chinches. Todo el tiempo uno se ve obligado a rascarse y espulgarse. Yo pensaba que iba a volverme loca durante esos cuatro días y esas cuatro noches que estuve ahí, claro está, jamás pude dormir. Finalmente decidimos (digo “decidimos”, porque en esa época éramos cuarenta y un anarquistas arrestados, y todos estábamos en prisión), emplear cualquier medio posible para obligarlos a que nos trasladaran de ahí. Todos enviamos declaraciones pidiendo un traslado

inmediato y amenazando causarles dificultades si nuestra demanda era ignorada. Por fin nos llevaron a la Casa de Encierro Preliminar. Ahí los prisioneros políticos estaban separados de los delincuentes comunes y confinados en diferentes condiciones. Las pocas mejorías que los prisioneros políticos pudieron disfrutar se obtuvieron en 1921 después de una huelga de hambre de diez días. Sin embargo, el gobierno trató a menudo de retirar esos pocos privilegios. Por consiguiente, cuando me llevaron a esa prisión, me pusieron en la sección destinada a los delincuentes comunes cuyas condiciones eran las siguientes:

- A las ocho de la mañana, una taza de agua caliente y una libra de pan;

- A las diez, 15 minutos de paseo al aire libre;

- A las doce, una taza de sopa insípida, grisácea y mal oliente; un pedazo de carne, tan duro y de olor tan desagradable que era imposible comerlo;

- A las seis, comíamos lo mismo que a las doce.

Visitas de 15 minutos sólo se obtenían tramitando permisos especiales.

Las mejorías que los prisioneros políticos consiguieron fueron:

1) Dos horas de paseo al aire libre.

2) El derecho a recibir visitas de parientes.

3) El acceso a la biblioteca de la cárcel dos veces a la semana.

4) El derecho de tener a una persona que representara a los prisioneros políticos ante la “G. P. U.”.

5) También la comida tuvo alguna mejoría.

El 21 de julio, me llamaron a la oficina de la cárcel y, una vez más, me encontré frente a Ivanov.

“Con fundamento en el artículo 60 del Código Penal, está usted acusada de trabajar en una organización secreta que tiene contactos en Europa”. Al decir esto, me tendió la acusación escrita. “Firme aquí”, me ordenó. Rehusé firmar y exigí una explicación más clara. “Ha dado conferencias frente a trabajadores y estudiantes en las que desarrolló propaganda anarquista”.

¿Puede probar esto? -le pregunté-.

“No, no exactamente, pero tenemos suficientes motivos para sospechar”.

¿Nos procesará?

“Nada de eso”, contestó cortante. “Su caso será enviado a Moscú y eso es todo”.

¿Por qué me tiene usted como delincuente común? -le increpé-.

“Porque Moscú ordena que los prisioneros políticos ya no tengan más privilegios que los delincuentes comunes. Segundo, usted debe estar aislada de los demás”.

LA INEVITABLE HUELGA DE HAMBRE

Después de esta conversación, envié una declaración a la "G. P. U." pidiendo la condición de prisionera política. El 26 de julio recibí una notificación negativa firmada por Sbrnev, un miembro del presidium de la "G. P. U." de Petrogrado. Durante mis 15 minutos de "paseo" en el patio, note una cara familiar a través de una de las ventanas, era Maria Verger. También estaba prisionera como delincuente común. Por haber intercambiado unas palabras con ella, la dirección de la cárcel reaccionó terriblemente. De todos lados los guardias llegaban corriendo como si algo extremadamente terrible hubiera sucedido. Me regresaron a la celda y me amenazaron con enviarme a la "cueva oscura" si de alguna forma intentara de nuevo hablar con otros prisioneros. ¡Ya era imposible soportar semejante trato! El 27 de julio me declaré en huelga de hambre, pidiendo, de nuevo, el ser tratada como prisionera política. Maria Veger también comenzó su huelga de hambre por las mismas razones. Igualmente Lida Surkova, L. S. R. Zal Banzino y S. Fleshin, se unieron a nosotros.

Al tercer día de estar en huelga de hambre, Ivanov entró en mi celda diciéndome: "Le otorgaremos el derecho de visitas y la condición de prisionera política en general, pero no podemos hacer lo mismo para Maria Veger".

¿Por qué -pregunté con asombro-, si las dos estamos aquí por el mismo cargo?

"Porque ella es una delincuente común -contestó-, estaba sentenciada a dos años de exilio en Archangel y se escapó de ahí antes de que pasaran seis meses".*

Naturalmente, yo estaba muy indignada al escuchar tan ridícula declaración hecha por un representante del gobierno bolchevique, y le recordé los numerosos rebeldes que escaparon de la cárcel e igualmente del exilio, y cuán felices eran todos los prisioneros o exiliados cuando una fuga se realizaba con éxito. Mencioné los nombres de los más altos líderes bolcheviques que escaparon de varias cárceles, y le dije que si ella, Maria Veger, era una delincuente común porque se escapó del exilio, entonces, los más idolatrados comunistas que se encontraban a la cabeza del gobierno eran, todos, igualmente delincuentes comunes. Después de oír esto, Ivanov azotó la puerta y jamás lo volví a ver.

Fui encerrada en la celda sin que nadie se entrometiera conmigo. Cada día la enfermera pasaba y se asomaba por una pequeña ventanilla instalada en la parte superior de la puerta, me preguntaba acerca de mi salud. También el jefe de la guardia, de vez en cuando me preguntaba si yo deseaba agua caliente, e igualmente el carcelero se asomaba a mi celda ocasionalmente. Eso era todo.

El 3 de agosto, el doctor residente entró a mi celda. Me era imposible caminar y de mi boca emanaba un olor muy desagradable. Estaba tan débil que tenía gran dificultad para levantar mis manos o mi cabeza y no podía mantener los ojos abiertos. El doctor me examinó y dijo: "Puede aguantar un día más, pero si usted no toma algún alimento, mañana la llevaremos al hospital y la alimentaremos por la fuerza".

A consecuencia del informe que el doctor rindió a la "G. P. U.", Zbrnev vino al día siguiente y accedió a nuestras demandas.

---

* En 1921 Maria Verger fue arrestada por anarquista. El cargo contra ella era el de "contrarrevolucionaria" porque encontraron literatura anarquista en su cuarto. Pasó tres meses en la cárcel de Moscú, en Butyrki, donde se enfermó de escorbuto. Fue sentenciada a dos años de exilio en Archangel, donde pasó seis meses hasta que finalmente logró escapar de ese detestable lugar.

LAS SENTENCIAS

Veintidós días más tarde -26 de agosto-, el mismo Zbrnev vino a la Casa de Encierro Preliminar y leyó las sentencias a quince anarquistas (de los cuarenta y uno que fueron originalmente arrestados, veintiséis lograron después ser liberados), en donde se les consideraba como sospechosos por traer consigo propaganda anarquista y, se les sentenciaba, ¡sin juicio! a purgar diferentes períodos en el exilio. La sentencia de Fleshin y la mía fue: "ser expulsados para siempre de la Rusia Soviética".

El 26 de septiembre, Kolosov -agente de la "G. P. U."-, nos entregó los pasaportes y los boletos para abordar el barco que zarpó de Petrogrado el 27 de septiembre de 1923 para dirigirse hacia Stettin, Alemania*.

Firma: Mollie Steimer

(Certificado ante el alcalde de Drancy (Seine), Francia. El 10 de enero de 1925. Siguen un sello y la firma del alcalde).

DECLARACIÓN DE MOLLIE STEIMER

La Rusia de hoy es una gran cárcel en donde cada individuo que es conocido por su total disconformidad con los comunistas, es espiado y fichado por la "G. P. U." (Tcheka) como un enemigo del gobierno. Nadie puede recibir libros, periódicos, ni aún, una sencilla carta de sus parientes sin que sean controlados por el censor. Esta institución que mantiene al pueblo en absoluta ignorancia de todas aquellas noticias que puedan perjudicar los intereses de los bolcheviques, está, ahora, mejor organizada y más estricta que en la época del famoso gabinete negro bajo el Zar Nicolás II.

Las prisiones y los campos de concentración de Moscú, Petrogrado, Kharkov, Odessa, Tashkent, Vologda, Archangel, Solvki, y Siberia están poblados de revolucionarios que no están de acuerdo con el régimen tiránico impuesto por los bolcheviques. El trato inhumano que esta gente recibe de mano de sus carceleros sólo puede tener un propósito, esto es, deteriorarlos física y mentalmente haciendo que sus vidas se vuelvan insoportables.

Mencionaré algunos casos de los que tengo conocimiento

María Korschunova, una joven anarquista quien desde su arresto en Petrogrado, ha sido continuamente arrastrada de una cárcel a otra. A finales de 1922, recibió una sentencia mediante la cual se le confinaba al encierro y a la incomunicación total por diez años. Fue llevada de Petrogrado a la cárcel de Moscú, en donde se supone que cumpliría su sentencia, pero no hacía ni un mes que estaba ahí cuando, de repente, la llevaron a Cheliabinsk, Siberia. Ahí, nuestra joven compañera pensó que se le dejaría sola por un tiempo. Pero tan pronto como recibió la primera carta de su madre, fue enviada hacia otro lugar, esa vez a Viatka, que es una de las peores cárceles de Rusia, famosa por sus condiciones de inmundicia y de miseria, y, lo

* N. del E. Stettin: puerto situado en el río Oder. Anexado desde 1945 a Polonia y cuyo nombre actual es: Szczecin.

que es peor, por la cruel conducta de los guardianes -se les llamaba “camaradas”- hacia sus desamparadas víctimas, las prisiones. Desde que María Korshunova fue trasferida a ese lugar de tortura, ninguna carta ha sido recibida y ninguna noticia sobre ella se tiene.

Esta compañera era bien conocida entre los obreros de petrogrado como una revolucionaria de gran idealismo y sinceridad. A menudo se le comparó con Sofía Perovskaya.

Otro ejemplo:

Hace dos años, María Veger, una anarquista conocida desde hace muchos años, maestra de profesión, fue arrestada a raíz de un cateo en su casa. Durante éste, encontraron ejemplares londinense “Freedom”, de “Arbeiter Freind”, del “Fraye Arbeiter Shtime” (Nueva York), y algunos libros sobre anarquismo.

Después de permanecer durante varios meses en la cárcel de Moscú, en donde se enfermó de escorbuto, finalmente recibió una sentencia de dos años de exilia en Archangel, ciudad situada en el norte. El documento oficial que el fue entregado dice: “dos años de exilio en Archangel por “contrarrevolucionaria”.

En Archangel, María Veger, padeció un extremo sufrimiento. Una enfermedad común en esta región pantanosa -la malaria- se sumó al escorbuto. Cuando una oportunidad se le permitió, María escapó y regresó a Petrogrado. Pero no gozó mucho tiempo de libertad. En julio de 1923, fue arrestada junto con cuarenta y un anarquistas en Petrogrado. Los agentes de la “G. P. U.” la trataron con especial brutalidad. Mientras que a todos los demás prisioneros -entre quienes me encontraba- se les mantuvo en el cuartel general de la “G. P. U.” durante cuatro días antes de trasferirlos a otra cárcel, María fue encerrada ahí durante cerca de dos semanas.

La prisión de la “G. P. U.” no era precisamente la “casa celestial” que los bolcheviques y sus portavoces querían que el mundo creyera. Yo estaba encerrada en una celda que era como una caja cerrada; estaba provista de una pequeña abertura del tamaño de una tasa, a través de la cual se suponía que el aire entraba, pero no era así, porque el corredor en que la apertura desembocaba tampoco tenía ventilación. Una lámpara débil ardía día y noche en esa celda, provocando un fuerte dolor en los ojos. No había nada más un bando de madera para recostarse y una serie de bichos entre los cuales estaban presentes los piojos y las chiches que le hacían a uno la vida pesada. Únicamente la mofa y la brutalidad del “camarada” carcelero rompían el silencia en esa oscura y maloliente cárcel.

Los representantes de la “G. P. U.” sabían lo que estas condiciones significaban para la ya enferma María Veger, y adrede la torturaban. Día a día era llamada a la oficina y se le pedía “información”, a cambio de la cual prometían trasferirla a otra cárcel en donde la vida no fuese tan miserable. Finalmente, cuando se convencieron de que María prefería morir a proporcionar la “información” requerida acerca de sus compañeros, los chequistas ordenaron trasferirla a la Casa de Arresto Preliminar, en donde estuvo estrictamente aislada y mantenida bajo el status de “delincuente común”.

¿PIENSA QUÉ ESTA USTED EN AMÉRICA?

El trato que me daba tampoco era muy soportable. Como a los demás prisioneros políticos, se me negaba los más elementos derechos en la cárcel, y se burlaban y me ridiculizaban tanto la administración de la cárcel como las más altas autoridades. Pro hablar con María cuando la vi por la ventana, me amenazaron con enviarme al calabozo.

Siendo incapaces de soportar esta existencia habiéndosenos negado un juicio y estando mantenidos como delincuentes comunes, declaramos huelga de hambre, pidiendo mejores condiciones y el derecho de recibir visitas. El séptimo día de nuestra huelga de hambre, después de que el doctor de la cárcel declaró que no podíamos aguantar más y que debíamos ser alimentados aunque fuera necesario usa la fuerza, uno de los jefes de la “G. P. U.” nos visitó y accedió a nuestras peticiones. Pero antes de que nos fueran concedidas, un prisionero -compañero mío-, fue llamado por el director de la cárcel e interrogado acerca de la posibilidad de que fuera él me instara a comer. Su respuesta fue total negativa. El director se enfureció y dijo: “entonces será obligada. ¿Acaso piensa ella que está tratando con la policía Americana?” Afirmó entonces que los brutales medios usados por la policía americana eran “juegos de niños” comparados con los que él y sus compañeros se proponían poner en práctica.

El estado físico de la compañera María Veger cada día empeoraba, pero el doctor de la cárcel afirmó que ni podía hacer nada por ella en las condiciones en que la mantenían. A pesar del hecho de que se encontraba realmente muy enferma, fue condenada a tres años de exilio en el Monasterio de Solovetz, la espantosa cárcel situada en una isla del Mar Blanco, a donde los barcos arriban sólo dos veces al año. Tal pena equivalía, de hecho, a una sentencia de muerte si se toma en cuenta el estado en que se encontraba nuestra compañera

El 16 de septiembre, María fue enviada al Monasterio de Solovetz para cumplir la sentencia que le había sido impuesta, pero una semana más tarde nos llegó la información de que se le regresaba a Petrogrado, Después de dos días de luchas con los oficiales de la “G. P. U.”, finalmente obtuve el permiso de verla.

Con alta temperatura y dificultad para mantenerse de pie, María me contó la historia de su viaje, la cual relataré brevemente:

Cuando se le trajo a la prisión de Vologda, que está ubicada a la mitad del camino entre petrogrado y Archangel, el oficial local de la “G. P. U”, declaró que María no sería enviada más lejos porque rodas las cárceles y los campos de concentración, incluyendo el monasterio de Solovetz, se encontraban tan sobre poblados que las autoridades locales habían resuelto no aceptar más prisioneros. María fue mantenida en Vologda durante varios días, y se le regreso junto con otros prisioneros políticos. Se le trasladó de una a otra prisión, y en cada una la historia se repetía negándose los respectivos directores a aceptarla por no haber lugar. Ningún prisionero político sabía con exactitud en donde cumpliría la condena impuesta, y Maria estaba ante igual dilema.

De nuestra plática, Maria no se quejaba acerca de su miserable estado, pero hablaba sobre lo que se podría hacer por los prisioneros que acababan de regresar a Petrogrado. Se encontraba particularmente nerviosa acerca del destino de una mujer a quien se le había negado la visita de su niño de siete años, y me rogaba que hiciera cualquier cosa para arreglar esto, puesto que la mujer se encontraba demasiado débil para soportar el sufrimiento a que estaba siendo sometida. No pudimos proseguir más tiempo nuestra conversación porque un guardia nos apresuró a concluir la “visita”. La compañera Veger se despidió con las siguientes palabras: “Diles a los compañeros en el extranjero que organicen y unan todas sus fuerzas, que no se desalienten a causa de la situación en Rusia. Al contrario, comunícales que deben usar nuestra experiencia y estar bien preparados para la revolución mundial venidera”.

Estaba sumamente afligida cuando la deje. Al mismo tiempo que los comunistas estaban haciendo grandes protestas en contra de la persecución y el mal trato dado a los prisioneros políticos -mencionando sólo a los comunistas- en los países capitalistas, ellos mismos imponían crueles sentencias a sus oponentes y estaban matando lentamente a muchos de nuestros mejores compañeros en las cárceles y en los campos de concentración, y a otros cientos les hacían sufrir a causa del hambre y del intolerable frío en el norte de Rusia y en Siberia. Los

revolucionarios rusos, los verdaderos revolucionarios de Rusia, hoy están exiliados y separados del mundo entero. Les está vedado el derecho de comunicarse con cualquier persona, excepto con los detestables espías que siempre están siguiendo sus huellas.

Mollie Steimer, París, 24 de diciembre de 1924.

TESTIMONIO DE SIMON ISAAKOVITCH FLESHIN*

SUS ARRESTOS

En noviembre de 1918, junto con los delegados a la Segunda Conferencia de los Anarcosindicalistas, fuimos arrestados por orden de la Checa, sin investigación previa y sin haber presentado acusación alguna; me liberaron con los demás delegados al término de una o dos horas.

Fui arrestado por segunda ocasión el 10 de enero de 1920, en el Club Anarquista, por orden del Departamento Especial del Ejército. La orden comprendía el arresto de todos los anarquistas y, la proscripción del Club. Me transfirieron con los demás anarquistas, a la cárcel del Departamento Especial, sin acusación alguna, ni hubo tampoco ninguna investigación. Cerca de cuarenta fueron arrestados. Las condiciones de encierro eran nefastas. Al sótano de la residencia formal del Gobernador General se le habían hecho divisiones de madera, constituyéndose así en pequeñas celdas en donde se amontonaba a la gente como fresas en tarros de mermelada. No había ni camas, ni sillas, la comida consistía en pan negro mal cocido y agua. Después de una protesta colectiva de todos los anarquistas encarcelados, una parte de los compañeros, junto con los que accidentalmente habían sido capturados el día del arresto, fueron liberados; los demás fueron transferidos a una celda más amplia en el primer piso y se les dio agua hervida. Debíamos sentarnos o acostarnos en el piso, pues la celda estaba totalmente vacía. Así permanecimos ahí nueve días. Después de una fuerte protesta que enviamos al Jefe del Departamento Especial, llamado Dukelsky, en la que pedíamos nuestra liberación, llamaron al representante y le dijeron que seríamos liberados, pero que nuestro Club sería proscrito y nuestra literatura confiscada. Pedimos explicaciones pero nadie nos las dio, más no obstante, después de un alegato con las autoridades pudimos por fin recuperar la literatura confiscada. Entre estos libros había trabajos de Kropotkin, Bakunin, Tolstoi y otros más. El Club Anarquista sí fue clausurado para siempre.

Después de la proscripción del Club, los grupos anarquistas "NABAT" ("Alarma") y, "Vol'noye Bratstvo" ("Libre Fraternidad") abrieron una librería en la que se vendía literatura anarquista. Arrestos individuales de anarquistas -generalmente capturados en las calles-, ocurrían de manera incesante. En mayo de 1920, fue confiscada la imprenta de "Vol'nye Bratstvo", y arrestaron a todos los trabajadores de la Casa Editora. Como secretario del Departamento de Publicaciones, debí llevar a cabo largas negociaciones con el presidente de la checa de toda Ukrania, llamado Mantzeff, para recuperar la imprenta y obtener la liberación de los trabajadores. Estas negociaciones duraron un mes y no dieron ningún resultado.

* Simón Isaakovitch Fleshin, nacido en Kiev el 19 de diciembre de 1894. Abrazó las ideas anarquistas desde 1913. Sufrió cinco arrestos por las autoridades bolcheviques.

Hacia principios de junio de 1920, cuando regresaba a nuestra librería después de una de estas “negociaciones”, me encontré, en las puertas, con tres militares que apuntaban sus revólveres hacia mí. Me llevaron al interior de la librería, la cual se encontraba llena de gente. Muchos de nuestros compañeros estaban ahí, así como bastantes visitantes casuales que habían venido a comprar libros. Nos presentaron a todos una orden de arresto despachada por el Departamento Especial del Frente Sur Occidental; esta orden incluía también un cateo y el cierre de la librería. El cateo se realizó en forma bestial: los chequistas, que eran aproximadamente treinta, arrojaban los libros al suelo y, en su frenético afán por encontrar lo que supuestamente buscaban, no se percataban de la manera tan salvaje en que pisaban nuestra literatura. No encontraron nada, sólo literatura legalmente publicada y esto se asentó en el acta que ahí se levantó. Hasta el anochecer nos mantuvieron detenidos. Más de cien personas fueron así capturadas. Por la tarde, el comandante del Departamento Especial se presentó ante nosotros, examinó nuestros documentos y liberó a la mayoría de la gente. Veintisiete anarquistas, con una impresionante escolta, fuimos enviados a la prisión del Departamento Especial.

EJECUCIONES EN LA NOCHE

Nos pusieron en una celda en la que no cabían más de quince personas. Con nuestra llegada, el número de los ahí apresados se elevó a cuarenta y tres personas. Había, para cada tres de nosotros, un tablón de madera. La suciedad era terrible, enjambres de parásitos pululaban por doquier. Nuestra celda estaba ocupada por oficiales de Dinikin y por toda clase de especuladores. Todos estaban excesivamente aterrados y tenían miedo de hablar en voz alta, caminaban sobre las puntas de los pies y se les intimidaba sistemáticamente con amenazas de fusilarlos. A la primera noche de nuestra llegada, dos de los prisioneros fueron llamados, ordenándoseles que llevaran consigo sus pertenencias. Se vistieron, dijeron un patético “hasta luego” y salieron. Algunos minutos después escuchamos varios disparos provenientes del patio, nadie podía dormir. Después, por casualidad, oímos una conversación entre dos guardias quienes comentaban el pleito ocurrido entre los dos soldados del Ejército Rojo -que habían matado a esos dos hombres- cuando se disputaban las botas de sus víctimas. Según nos pudimos enterar más tarde, el hecho era que un soldado del Ejército Rojo obtiene por cada ejecución, la ropa y las pertenencias del hombre que mata.

Tan pronto como nos llevaron al Departamento Especial, uno de los compañeros arrestados de nombre Andrey Andreeff, viejo anarquista que había pasado años de ardua labor bajo el régimen zarista, se declaró en huelga de hambre exigiendo su liberación. En el segundo día todos fueron liberados excepto nueve personas: Andrey Andreeff, Joseph Gotman, Isaac Teper, Siomka Kievsky, Rebecca Yaroshevskaya, Lea Gotman, Fanny Aurutzkaya, Katya Kharkovskaya y yo. Los nueve fuimos verbalmente acusados de haber tenido relaciones con Makhno. Tres días después, todos nos declaramos en huelga de hambre exigiendo nuestra liberación. Las funciones de carcelero en esta prisión, estaban a cargo de Don y Suban, unos cosacos que habían desempeñado similares funciones bajo el régimen zarista. Su proceder contra los “huéspedes” de la cárcel era realmente salvaje. En el quinto día de nuestra huelga de hambre, Lea Gotman, muy débil y apenas pudiendo sostenerse en pie, se acercó a la ventanilla de mi celda y me pidió un cigarro. Apenas tuve el tiempo de sacar la cajetilla de mi bolsillo cuando, oí el golpe seco de un cuerpo que caía, seguido de un grito de Lea. Me precipité hacia la ventanilla y pude observar a Lea en el suelo, y a su lado, de pie, estaba uno de los carceleros con su rifle tocándole el cuerpo y gritándole: “levántate, tú, condenada, pilla, mujer…”. Y lanzó toda una andanada de soeces palabras. Al presenciar esto, se me subió la sangre a la cabeza y, en mi encendida furia, comencé a golpear la puerta con los pies y los puños; cosa que hicieron también los demás compañeros, logrando así, durante algunos minutos, transformar el

pasillo en un estruendo incesante hasta que el comandante hizo su aparición. Protestamos ante él por la brutal conducta del carcelero, pero todo lo que nos dijo fue: “Presenten su queja…”.

En el sexto día de la huelga de hambre, me llamaron para interrogarme. Como me encontraba muy débil, dos soldados del Ejército Rojo me sostuvieron. El magistrado que me interrogó era joven -un marinero cuyo nombre se me escapa-. En el interrogatorio estuvieron presentes: el jefe del Departamento Especial del Ejército del Frente Sur Occidental, Evolokimoff; el presidente de la checa de toda Ukrania, Mantzeff; el presidente de la checa de Kharkoff, Ivanov, y el presidente de la checa de toda Rusia, Dzerzhinsky, quienes por entonces habían llegado a Kharkov con instrucciones especiales para combatir el anarquismo y la rebelión en Ukrania. Me presentaron con la acusación verbal de haber tenido relaciones con Makhno. Pedí evidencias documentales que probaran esas relaciones. Evdokimoff me enseñó una octavilla, impresa por el ejército de Makhno, contra el poder soviético, la cual contenía, en una esquina, las palabras: “Para Joseph”, las cuales estaban escritas con tinta. Declaró que esa octavilla fue enviada por Makhno a Joseph Gotman y que había sido encontrada en el cateo realizado en nuestra librería. “Esto es falso, es una mentira”, repliqué pidiendo el acta levantada durante el cateo, en donde se precisaba la lista de lo que fue encontrado en el momento en que se ejecutó. Evdokimoff pidió el documento al magistrado, pero éste no supo exactamente donde se encontraba. Entonces de mi bolsillo saqué la copia de tal acta, la cual me había sido remitida como secretario de la sección de publicaciones. El magistrado se puso pálido y comenzó a perder los estribos; los oficiales salieron. Rehúse hablar y me llevaron de vuelta a mi celda.

En el onceavo día de la huelga de hambre de Andrey Andreeff -que correspondió al octavo día para nosotros-, nos dijeron que aceptaban nuestras demandas; que nos liberarían pero no antes de llevarnos a Moscú. Aceptamos e interrumpimos nuestra huelga de hambre. A los nueve nos trasladaron a una celda separada, amplia, limpia e iluminada. Nos quedamos tres días y luego todos nosotros fuimos gradualmente liberados en Kharkov.

Como un efecto posterior a esta detención, Katya Kharkovskaya contrajo la tuberculosis y pronto murió. La imprenta de los anarquistas fue confiscada para siempre. La librería se reabrió, pero fue definitivamente destruida en noviembre de 1920.

EN PETROGRADO

El 1º de noviembre de 1922, a las dos de la mañana, me despertó un golpe en la puerta. Al abrirla, siete hombres, armados de rifles y revólveres, irrumpieron en el cuarto. “¡Manos en alto! ¿Dónde están las armas de fuego?” -esos fueron los gritos que oí, y sentí en mi cuerpo el acero frío de un revólver. Cuando se prendió la luz, vi tres hombres vestidos de civil, una mujer, dos oficiales del Ejército Rojo, el conserje de la casa y los propietarios del inmueble, de pie en la puerta. Este grupo estaba encabezado por el magistrado encargado de los casos anarquistas. Shmidkoff. Me enseñaron una orden de la “G. P. U.” de Petrogrado para el arresto de Mollie Steimer y mío, y para realizar un cateo de mi cuarto. Uno de los chequistas apuntó su revólver hacia mí y preguntó donde estaba Steimer. Rehúse contestar. El cateo duró más de dos horas. Nada, sólo algunas cartas de parientes y amigos extranjeros encontraron junto a los viejos periódicos anarquistas, diarios y libros.

LA GOROHOVAYA

Eran cerca de la cinco de la mañana, cuando me llevaron a la prisión de la “G. P. U.”, situada en la calle Gorohovaya. En la oficina del comandante encontré a varios compañeros arrestados esa misma noche. En conjunto fuimos veintinueve los hechos prisioneros. Me pusieron en una celda individual. Esta cárcel era una de las prisiones creadas por el poder soviético; construida en un piso al que le habían hecho divisiones de madera para hacer cuarenta y cuatro celdas individuales. Cada una, aproximadamente de tres pasos de largo por uno y medio de ancho. La mitad se encontraba ocupada por un tablón sin colchón. La luz estaba prendida día y noche, ya que no existía otra fuente de luminosidad. No había ninguna ventilación y todos los prisioneros se veían obligados a situarse cerca de la apertura de la celda, por donde recibían la comida, para poder así respirar un poco. La comida era totalmente ingustable; la sopa se asemejaba al agua que se desecha después de lavar los trastes sucios; una libra de pan negro muy mal cocido y agua hervida; esto tan sólo era la mitad de la desventura, la pesadilla más grande eran los parásitos, la enorme cantidad de parásitos que ahí pululaban, sencillamente llenaban el lugar a tal grado que, por ejemplo, no era posible dejar un pedazo de pan abandonado porque inmediatamente se convertía en una masa moviéndose. Obviamente, nadie era capaz de dormir ni un solo minuto mientras estuvo en una de estas celdas.

En la segunda noche, a las dos de la mañana, me llamaron para interrogarme. El interrogatorio lo realizó el magistrado Shmidkoff, su asistente Kondratieff. Verbalmente me acusaron de haber violado lo dispuesto en los artículos 60, 62 y 63 del Código Penal, referentes a la rebelión contrarrevolucionaria que, mediante ayuda extranjera intentaba derrocar el poder de los soviets y sus allegados. Cuando pedí que me enseñaran la evidencia, Shmidkoff replicó que el hecho de ser yo, miembro de la organización ilegal “Sociedad para ayudar a los anarquistas encarcelados”; y el haber tenido correspondencia sobre asuntos relacionados a esta organización, con compañeros que residían en el extranjero, era suficiente. Rehusé contestar a cualquier pregunta y me regresaron a mi celda.

A las siete de la mañana, todos los anarquistas fuimos trasladados a la Casa de Detención Preliminar, situada en la calle Shpalernaya.

Muchos compañeros fueron liberados en el transcurso de la tercera semana de encarcelamiento. Para aquellos que quedábamos, la sentencia fue el exilio a diferentes partes de Siberia. La compañera Steimer y yo, fuimos condenados a dos años de exilio en Obdorsk. Para protestar, los dos nos declaramos en huelga de hambre. Después de un día nos liberaron a todos con una declaración firmada, mediante la cual nos comprometíamos a no salir de Petrogrado y a presentarnos al día siguiente a la “G. P. U.”.

A algunos de los que concurrimos al día siguiente, se nos pidió que firmáramos una declaración según la cual nos comprometíamos a no participar en ninguna actividad anarquista, Steimer y yo nos negamos a firmar tal declaración. El representante de la “G. P. U.” nos dijo: “En tal caso, ustedes mismos tendrán que reprocharse si, algún día, los arrestamos de nuevo y los exiliamos a Siberia. No obstante, si están dispuestos, la “G. P. U.” está de acuerdo para proporcionarles pasaportes que les permitan viajar al extranjero”. Aceptamos esta última proposición.

Los delegados anarquistas y sindicalistas al Congreso Internacional de la Unión Roja del Trabajo, estaban por esa época en Moscú. Su intervención impidió nuestra deportación.

EL ÚLTIMO ARRESTO Y LA DEPORTACIÓN

En Petrogrado, el 9 de julio de 1923, a la una de la mañana, nos visitó el magistrado Ivanoff, de la “G. P. U.” de Petrogrado, acompañado por seis chequistas. Nos enseñaron una orden de arresto para Mollie Steimer, para mí y para llevar a cabo un cateo en la casa; éste duro cerca de tres horas. Sólo literatura anarquista encontraron.

Nos tendieron una emboscada en nuestra casa. La casa pertenecía a un médico practicante que recibía a muchos pacientes. Durante cuatro días, todos los que llegaban a esta casa eran detenidos y a nadie se le permitía salir, ni siquiera para traer comida. Una joven que había llegado apresuradamente a ver al doctor para que fuera a atender a su madre moribunda, fue atrapada; lágrimas, gritos, explosiones de histeria, todo, todo fue inútil; su madre murió mientras ella sufría un ataque de histeria. Ninguna aclaración nuestra, en el sentido de que esa gente no tenía nada que ver con nuestro caso, sirvió para que los dejaran salir.

Nos llevaron a la Prisión Interior de la “G. P. U.”, en la calle Gorohovaya, y nos encerraron en celdas individuales. Ahí supe que cuarenta y uno de nuestros compañeros fueron arrestados durante esa noche -simpatizantes o aquellos que cayeron incidentalmente en una de las dieciséis emboscadas que tendieron-.

Las mismas horripilantes condiciones como en el caso anterior. Los parásitos estaban literalmente comiéndonos, y era muy difícil respirar en la celda.

Al final del tercer día, en la noche, me llamaron. Estaba acusado, verbalmente, de propagar las ideas anarquistas y de tener relaciones con países extranjeros -artículo 60 del Código Penal-. Me interrogó el magistrado Ivanoff. Cuando le pedí las evidencias me replicó: “Tenemos bastantes datos”, y me enseñó cartas enviadas legalmente por correo, de algún compañero residente en el extranjero. Rehusé contestar a sus preguntas.

Después de vivir durante cuatro días en condiciones intolerables, enviamos una enérgica protesta, pidiendo nuestro traslado a la Casa de Detención Preliminar. Nos trasladaron allí el 13 de julio.

Las condiciones carcelarias en la Casa de Detención Preliminar eran mejores. No había insectos, la celda estaba regularmente limpia, teníamos derecho a bañarnos una vez a la semana y nos daban comida caliente dos veces al día, la cual, aunque no era muy fresca, era comestible. Un paseo de dos horas al día era permitido.

Veintiséis hombres fueron liberados en la primera quincena. Los demás -quince anarquistas-, recibimos nuestra acta de acusación por escrito.

Las compañeras que arrestaron al mismo tiempo, Maria Veger y Mollie Steimer, fueron consignadas a estricto encierro solitario y tratadas como delincuentes comunes. Declararon entonces una huelga de hambre pidiendo su traslado a la sección de prisioneros políticos, una mejoría de las condiciones de detención y el derecho a recibir visitas. La Socialista-Revolucionaria de Izquierda, Lyda Surkova -sufriendo ya de tuberculosis-, sentenciada a tres años de exilio en Petshersk; la mujer “sin partido”, Zoe Benzina, y yo, al saber que nuestras compañeras hacían una huelga de hambre, nos unimos a ellas, en diferentes intervalos, proclamándonos en huelga de hambre por solidaridad.

En el sexto día de mi huelga de hambre, el magistrado Ivanoff nos propuso interrumpirla. Le dije que mientras nuestras demandas no fueran aceptadas, continuaríamos en huelga. Enojado por nuestra negativa, Ivanoff perdió su ecuanimidad y nos gritó que no satisfacerla nuestras

demandas y que a partir del día siguiente, nos alimentarían a la fuerza. Dijo: “Steimer piensa que está tratando con el gobierno americano, y que cualquier cosa que pida le será otorgada. ¡Nada de esto!”

Después de haberle llamado canalla, regresé a mi celda. Al séptimo día de la huelga de hambre, un miembro de la Dirección de la “G. P. U.”, Zbrnev, llegó y, aceptó todas nuestras demandas.

Los quince anarquistas habíamos permanecido siete semanas en la cárcel. Entonces recibimos la sentencia siguiente que nos fue leída:

«“La Comisión Administrativa de Investigación de la “G. P. U.”, habiendo examinado el expediente de los anarquistas de Petrogrado, acusados bajo el artículo 60 del Código Penal, resuelve:”

“Los trabajadores: Igor Zenzinov, Shiloff, Sokoloff, Gorbitsh, Savitzky, Ivan Likhatchoff, Efim Linkhatchoff, Pryanishnikoff;”

“Los estudiantes: Rodziankin, Sapeloff, Ponomariov y;”

“El soldado del Ejército Rojo: Petroff:”

“Serán deportados durante dos años a lugares alejados de la Provincia de Petrogrado, sin el derecho de vivir en Moscú, Kharkov, Kiev, Odessa, ni en algún puerto o zona fronteriza”.

“Maria Veger -maestra-, será internada durante tres años en el campo de concentración de Solovetz”.

“Mollie Steimer y Simón Fleshin, serán deportados para siempre fuera de las fronteras de las Repúblicas Socialistas Soviéticas”».

El 26 de septiembre de 1923, el agente de la “G. P. U.”, Kolossoff, nos entregó nuestros pasaportes con una visa a Alemania y billetes para un viaje por vía marítima de Petrogrado a Stettin. Salimos el 27 de septiembre de 1923.

De 1918 a 1920, tome parte activa en la Organización Anarquista secreta en Ukrania contra la reacción de Skoropadsky, Petlura y Denikin.

Simón Fleshin

CARTA DE L. CHEVALIER A TROTSKY*

Durante nuestra estancia en Moscú, supimos que una compañera y su amigo, estaban a punto de ser deportados a Siberia, o, según lo eligieran, expulsados a un país extranjero, bajo el pretexto de que eran anarquistas. Eso me pareció normal, entonces pedí una audiencia con Trotsky, ya que sabía que él había intervenido antes en casos similares. Me negaron la entrevista sin escuchar siquiera las razones que me motivaban a pedirla, y a pesar del hecho de

* Del artículo “Informe de los delegados en Rusia”, mayo 1923, de “Le Métallurgiste”.

que les había comunicado explícitamente que mi visita se debía a un asunto muy serio. Confrontado con esta negativa envié a Trotsky la siguiente carta:

Moscú, 16 de diciembre de 1922.

Camarada Trotsky:

He solicitado algunos minutos de conversación con usted para exponerle un caso que me ha interesado profundamente. Pero al enterarme de su brusca negativa por recibirme, sin ni siquiera saber el motivo de mi petición o su importancia, me permito dirigirle unas cuantas líneas esperando que no rehusará usted leerlas antes de tirarlas al cesto de papel.

El caso es el siguiente: una compañera rusa, cuyo nombre es Mollie Steimer de 22 años y quien fue condenada por las Cortes americanas a quince años de cárcel por haber hecho propaganda a favor de la revolución rusa. Mucho se habló sobre este caso, se publicaron folletos en varios idiomas, los cuales revelaban lo que bien puede ser calificado de “increíble monstruosidad”.

Después de tres años de prisión, finalmente esta chica fue liberada y cambiada por prisioneros americanos detenidos en Rusia. Su alegría fue inmensa cuando le dijeron que podía ver de nuevo el país en donde, gracias al poder obrero, la libertad había triunfado. Llegó a Rusia, y ahora me entero, no sin sorpresa, que está en vísperas -después de haber sido encarcelada durante algún tiempo- de ser expulsada y enviada a Alemania.

No puedo creer que esto sea posible, porque no veo razón alguna que provoque semejante trato, y yo esperaba, mediante al entrevista que le solicité, encontrar alguna aclaración al respecto.

Si esta medida se lleva a cabo, casi equivale a una sentencia de muerte para esta niña. Su familia está en América, ella no tiene conocimiento del idioma alemán y después de su estancia en las cárceles de América y de Rusia, su estado de salud es precario. Sólo un hecho de gravedad excepcional -pienso yo-, tal como el bandidaje, que aún así quedaría por probar, podría originar esta clase de trato. Por lo tanto desearía que me informara acerca de estos hechos antes de mi regreso a Francia en donde son conocidos, con el fin de poder dar un informe verídico al respecto.

Persisto en creer que usted no sospechaba la importancia de la cuestión que intenté someterle y con la cual no tiene nada que ver el deseo de “jactarse” de haber sido recibido por el mismo Trotsky. Yo no acostumbro de estas cosas.

Espero que, habiendo considerado este caso que es, por decirlo así, muy peculiar, usted hará lo posible para obtener información que me permita aclarar esta situación antes de que me vaya.

Espero el no haber interferido su valioso tiempo y le pido disculpas si esta petición le pueda causar el menor inconveniente, pero yo consideré un deber mío no salir de Moscú, antes de saber la verdad de los hechos.

Acepte, camarada Trotsky, mis sinceros saludos.

Chevalier

Secretario de la Federación Unitaria de los Trabajadores Metalúrgicos de Francia.

Después de esta carta, Trotsky me recibió con mi amiga, y no intentó ocultar la verdad sobre el trato que se les daba a los sindicalistas y anarquistas. Sin embargo, nos prometió, después de que le expusimos el caso, obtener información, intervenir y tenernos todos los detalles de éste, cuando regresáramos, pero hasta el momento, lo único que sabemos es que nuestros compañeros están todavía estrechamente vigilados.

Lucien Chevalier

CARTA A FREEDOM

Compañeros y amigos:

Por los hechos enunciados en el adjunto boletín sobre la persecución contra los anarquistas y otros revolucionarios de izquierda en la Rusia soviética pueden convencerse que, cuando Losovsky, Tchicherv y Trotsky dicen que en Rusia no se aprisiona a los anarquistas, mienten deliberadamente. No está en su interés, ciertamente, que el mundo sepa que las prisiones comunistas rebosan hoy de prisioneros políticos igual que en la época del zar. Por esto ellos cubren impúdicamente la verdad.

Cuando yo llegue a Rusia, a fines de 1920, encontré que muchos de mis compañeros anarquistas estaban encarcelados, y que los pocos que se encontraban en libertad, estaban tan atemorizados que evitaban encontrarse por temor de que el gobierno sospechara una reunión “conspirativa”. Comencé en seguida a interesarme por la suerte de aquellos encarcelados e hice lo que pude para ayudarlos. Pero, miren, en la Rusia de los soviets, ayudar a un prisionero político es más difícil que en cualquier país capitalista. Los comunistas muy raramente procesan a un opositor político. Durante mi permanencia en Rusia, centenares de idealistas rebeldes fueron mandados a diferentes cárceles, a los campos de concentración o al exilio; bien pocos de ellos tuvieron proceso. Ordinariamente el local departamental político gubernativo manda el legajo de acusación al comité administrativo en Moscú, y este comité, en “ausencia” del acusado, decide su asunto.

A menudo se arresta o se acusa secretamente. En estos casos, la tentativa de parte de los parientes para saber donde se encuentran las víctimas, acaba siempre sin resultado, porque el departamento político rehúsa dar información alguna. Un ejemplo elocuente es el caso de David Rohen y de Ivan Achtirsky, dos viejos anarquistas que fueron activos antes y durante la revolución en Rusia. Permaneciendo fieles a sus ideales continuaban la propaganda anarquista bajo el “gobierno” de los soviets. En octubre de 1922 estos dos compañeros fueron arrestados en Moscú. Desde entonces, parientes y amigos se han esforzado por saber donde se encuentran, pero vanamente. Hasta hoy se ignora lo ocurrido con estos idealistas. ¿Viven? ¿Fueron fusilados? No lo sabemos, ya que la omnipotente oficina rehúsa decir lo que se ha hecho de ellos. A las preguntas de Maria Veger -la compañera de Achtirsky-, el jefe del departamento político de Petrogrado, Maysing, respondió: “¡Olvídate de él! Verás a Achtirsky cuando nosotros mismos pueden ver sus propias orejas”.

Muchísimos prisiones políticos están enfermos de escorbuto, malaria, tuberculosis a consecuencia de las inefables condiciones nocivas de las cárceles: humedad, suciedad, falta de aire fresco y de nutrición. No pasa semana en que no tenga lugar alguna huelga de hambre o alguna tentativa de suicidio como protesta contra el miserable trato a que están sujetos por los carceleros comunistas.

La ayuda que podemos prestar a estos encarcelados es la de proveerlos de comida, de vestidos, de tabaco y de libros. Más para hacerlo debemos tener fondos. Por esto me dirijo a todos los hombres y mujeres que tienen un sentimiento de justicia para ayuda a los revolucionarios encarcelados, que ahora sufren en las prisiones de Rusia.

Amigos y compañeros: les hablo en nombre de los idealistas que han dado su vida a una causa sinceramente creen libertará a la humanidad de los males existentes.

Tenderles la mano en esta hora de necesidad. Ayúdenlos no sólo material sino también moralmente. Protestad contra las continuas persecuciones a los revolucionarios en la Rusia “socialista”. No se dejen engañar ni dejen que otros sean engañados por la desvergonzada propaganda mentirosa de los comunistas.

Mollie Steimer
(Del periódico “La Antorcha”, No. 123, Marzo 14 de 1924. Buenos Aires, Argentina)

RESPUESTA DE ALGUNOS ANARQUISTAS RUSOS A LA PLATAFORMA DE ORGANIZACIÓN

CAUSAS DE LA DEBILIDAD DEL MOVIMIENTO ANARQUISTA

No estamos de acuerdo con la afirmación de la Plataforma (“que la causa principal y más importante se encuentra en la ausencia de principios organizativos”) Consideramos muy importante este desacuerdo puesto que sobre esto la posición de la Plataforma provoca en los camaradas una tendencia a buscar una organización centralizada (un partido) que efectivamente podrá establecer “una línea política y táctica en el movimiento anarquista”. Precisamente esta condición implica una sobreestimación de la importancia y del papel de la organización.

Queremos subrayar que no estamos en contra de una organización anarquista; estamos concientes de todo el mal que hizo la desorganización den el movimiento anarquista; consideramos que la creación de una organización anarquista es una de nuestras tareas más urgentes… Pero no consideramos que la organización, como tal, pueda curar y arreglarlo todo, dicho de otro modo, no exageramos su importancia y no vemos ni el provecho ni la necesidad de sacrificar los principios y las ideas del anarquismo ni siquiera para la organización.

En cuanto a las razones que causan la debilidad del movimiento anarquista, resaltamos varias:

1) La confusión que existe en nuestras ideas relativa a una serie de posiciones fundamentales, por ejemplo, la concepción de la revolución social, de la violencia, la creatividad de las masas, el período de transición, la organización, etc.

2) Las dificultades que se presentan para que una gran parte de la población acepte nuestras ideas. Tomando en cuanta los prejuicios, las costumbres, la educación. Sobre todo la costumbre intelectual, afectiva, de imaginación de la gran masa quien primero busca el acomodamiento en vez de un cambio radical.

3) La represión.

LA SÍNTESIS ANARQUISTA

Tampoco estamos de acuerdo con las concepciones de la Plataforma sobre la “síntesis” (conglomerado mecánico). Los autores proclaman que la única teoría válida es la anarquista-comunista, tomando una posición crítica y más o menos negativa frente a las teorías anarquistas individualistas y anarco-sindicalistas.

Mientras que nosotros repetimos, aunándonos a NABAT (Organización de los anarquistas ucranianos en 1917-1921) que “en todas las tendencias anarquistas existen posiciones justas… Entonces es preciso considerar todas estas diversas tendencias y aceptarlas”. Es menester unir a todos los militantes buscando una base común para todos, viendo lo que es justo en cada concepción, para poder elaborar una Plataforma de unión. Existen varios tipos de tal Plataforma, como la Declaración de la Confederación de NABAT, en Koursk, las resoluciones de las otras conferencias anarquistas de esta época, etc. Estos son algunos extractos de la Resolución del 1er Congreso de la Confederación de las Organizaciones Anarquistas de Ukrania “NABAT”, que tuvo lugar el 2 de abril de 1919 en Elizabethgrad, Ukrania:

“… nuestra organización no representa una alianza mecánica de diversas tendencias, cada una considerando sólo su punto de vista, y por lo tanto impotente para realizar una ayuda ideológica a la población laboriosa, sino que es una unión de compañeros reunidos, primero, a partir de una analogía en los principios, al menos sobre algunas posiciones de base; segundo, con la consciencia de la necesidad de un trabajo colectivo planificado y organizado (del tipo “federación”)”.

EL ANARQUISMO COMO TEORÍA DE CLASES

También en este caso es preciso aplicar el método de síntesis. En vez de afirmar que el anarquismo es una teoría de clase y criticar a los que intentan darle un carácter humanitario, o afirmar, como otros, que el anarquismo es el ideal humanitario de todos los hombres, y acusar de desviación marxista cualquier tendencia que le atribuye un carácter de clase, o en fin, en vez de afirmar que el anarquismo sólo es una concepción individual que no tiene nada en común con la humanidad en general, ni con la “clase” en particular. Es preciso hacer una síntesis y decir que el anarquismo contiene tanto elementos de clase, como humanismo y principios individualistas. Lo que es todavía más importante, es intentar determinar de una manera teórica y práctica, el lugar, el papel y la importancia de cada uno de los elementos en la concepción general del anarquismo. Sostener que el anarquismo no es más una teoría de clase, corresponde a afirmar un solo aspecto de éste, es un monismo, cuando el anarquismo es más complejo, sintético, pluralista como la vida misma. Su elemento de clase es, sobre todo, su método de luchar por la liberación; su carácter humanitario, es el aspecto ético, es la base de la sociedad; su individualismo es el fin del hombre.

PAPEL DE LA MASA Y PAPEL DEL ANARQUISMO EN LA LUCHA SOCIAL Y LA REVOLUCIÓN SOCIAL

Sobre este punto, la tesis de la Plataforma puede resumirse así: la necesidad de dirigir a las masas y los acontecimientos. No hace mucho, en nuestros medios predominaba la tesis contraria: los individuos y la minoría consciente, así como sus organizaciones ideológicas no pueden “dirigir a las masas”, debemos aprender constantemente de ellas si no queremos desembocar al vacío. De esta manera es como encaraba este problema. Esta solución era, es preciso decirlo, una actitud muy superficial y falsa, pues el problema esencial no era resuelto; la solución concreta de la cuestión quedaba sin respuesta: la relación entre las masas revolucionarias y la minoría consciente o su organización ideológica.

Claro está que los partidos políticos tienen esta ventaja sobre nosotros: para ellos esto no se plantea, su solución es:

- La necesidad de dirigir a las masas y los acontecimientos;
- Para esto es necesario que la iniciativa provenga de una minoría consciente, separada de las masas;
- Esta “colectividad” debe ser organizada a través de un partido;
- Es este partido el que toma la iniciativa en todos los campos, incluyendo los de la revolución social.

Y vemos que los autores de la Plataforma adoptan una posición muy parecida. Pero prefieren comenzar tomando algunas precauciones: “la dirección ideológica de los acontecimientos revolucionarios y de los movimientos revolucionarios, en ningún caso, debe ser entendida como una tendencia de los anarquistas a *apropiarse* la construcción de la nueva sociedad”.

En la Plataforma, la idea de la necesidad de dirigir a las masas está estrechamente ligada con la de partido, de línea política bien definida, de programa determinado, de necesidad de dirigir el movimiento sindical, de necesidad de una dirección política de las organizaciones destinadas a luchar con la contrarrevolución. Así leemos en la Plataforma: “La unión anarquista como organización de la revolución social descansa en las dos clases principales de la sociedad actual: los obreros y los campesinos… Debe desarrollar todos sus esfuerzos para convertirse en el pionero y en el guía ideológico de las organizaciones sindicales”.

Por consiguiente vemos un conjunto de concepciones que nos permite imaginar la forma concreta de esta dirección política y social de las masas y los acontecimientos, el más alto: el partido dirigente (Unión General); un poco más abajo: las organizaciones superiores de los obreros y de los campesinos, ellos mismos dirigidos por la Unión; todavía más abajo: las organizaciones de base, las organizaciones de combate de la contrarrevolución, el ejército, etc.

En cuanto a nosotros, no atribuimos a los anarquistas ninguna misión de dirección de las masas, consideramos que su vocación consiste únicamente en ayudar a las masas, y sólo cuando éstas últimas necesitan de una ayuda. Concretizamos todavía más nuestra posición: en las organizaciones de masas, de carácter económico y social, los anarquistas forman parte de la masa. Actúan, construyen, edifican con ella. Ahí un inmenso campo de acción se abre para ellos, a través de una actividad inmediata, ideológica, social y creadora, bajo la condición de que en ningún caso se coloquen a un nivel más alto que los demás. Ante todo deben limitarse a la influencia ideológica y ética, libre y natural, sobre el medio que les rodea.

Los anarquistas, con sus organizaciones específicas (grupos, federaciones, confederaciones), sólo pueden aportar una ayuda ideológica, y no el papel de dirigentes. La menor idea de dirección, de superioridad, la menor pretensión para dirigir a las masas y los acontecimientos, lleva inevitablemente a la necesidad, para las masas, de aceptar esta dirección, de someterse a ella; y esto por otra parte lleva a los dirigentes a una concepción de privilegiados, de dictadores, de separación de las masas, etc. En otros términos, aplican los principios del poder, lo que está en contradicción no sólo con lo esencial del anarquismo, sino también con nuestra concepción de la revolución social, que para ser verídica debe ser la expresión de la libre creación de las masas, sin ser acaparada por grupos ideológicos y políticos.

EL PERÍODO DE TRANSICIÓN

Si verbalmente la Plataforma Rehúsa el principio del período de transición, en realidad lo acepta; aún más, si la Plataforma aporta algo original es precisamente sobre este punto, en el desarrollo detallado de la idea de un período de transición. Lo demás no es más que un ensayo de justificación de esta idea; un esfuerzo para que los anarquistas se acostumbren a esta idea.

En el fondo no se puede acusar a alguien de pretender defender una idea. Así, algunos anarquistas-sindicalistas rusos defendieron abiertamente esta misma idea hace algunos años. Pero lo que es característico de la Plataforma, es que sus autores no defienden abierta y sencillamente la idea del período de transición. Esta vacilación, esta aceptación condicionada, y al mismo tiempo este rechazo también condicionado son muy molestos pues impiden una discusión franca y consecuente. Por ejemplo, sobre la cuestión de la mayoría y de la minoría en un movimiento anarquista, declaran: “en principio consideramos… (sigue la concepción clásica)… pero sin embargo, en ciertos momentos puede ser que… (sigue el compromiso)…”.

Pero lo que es cierto es que la vida no se hace en “momentos”. Otro ejemplo: “consideramos que las decisiones de los soviets serán realizadas en la vida social sin decreto ni coerción. Pero estas decisiones deben ser obligatorias para todos los que las han aceptado, recurriendo a sanciones en caso de rehusarse”. Pero entonces se debe comenzar por la coerción, la violencia, la sanción.

La Plataforma escribe:

“Porque estamos profundamente convencidos que la aceptación de un gobierno llevará a la revolución hacia un fracaso, y a las masas hacia una nueva esclavitud, debemos aplicar en consecuencia lógica, todas nuestras fuerzas para que la revolución tome una vía anarquista… Pero antes, debemos constatar que nuestro método artesanal de trabajo, por pequeños círculos y pequeños grupos ya no es capaz de ayudarnos a cumplir esta tarea, por lo tanto, los anarquistas deben ponerse previamente de acuerdo entre sí en sus organizaciones específicas”.

Pero es la Unión Anarquista la que dirigirá y decidirá en caso de desacuerdo. Ahí está a lo que se reduce toda la cuestión. Volvemos a encontrar la misma contradicción respecto a la defensa de la revolución:

“¿Políticamente, a quién obedecerá el ejército? Pues los trabajadores no representan una única organización, probablemente formarán varias organizaciones económicas. El ejército deberá obedecer a estas organizaciones económicas. Entonces, si se acepta el principio de un ejército, también hay que considerar y aceptar el principio de obediencia del ejército a organizaciones económicas de los trabajadores y de los campesinos…”.

¡Entonces es el período de transición!

Y a propósito de la libertad de prensa, de la libertad de palabra, veamos lo que opina la Plataforma: “Sin embargo puede haber momentos específicos en que la prensa, para que no sea utilizada nefastamente, será limitada en parte, en interés de la revolución”. ¿Pero quién juzgará cuáles son esos “momentos específicos”? ¿Quién juzgará cuáles deben ser esos “límites”? Siempre será el poder, aunque se le de otro nombre.

En relación al principio anarquista: “De cada quién según sus capacidades, a cada quién según sus necesidades”, la Plataforma opina:

“Este principio es la piedra de toque de todo el anarquismo-comunista. Pero es una concepción de principio: en su realización, dependerá de las actividades prácticas realizadas desde los primeros días de la revolución social”. Ahí están de nuevo los “peros”, los “famosos peros”. ¿Entonces qué es el período de transición?

Para nosotros es claro y lógico: la idea de la necesidad de dirigir a las masas y los acontecimientos presupone inevitablemente la incapacidad de las masas para dirigir los acontecimientos, y por consiguiente de la necesidad de existencia de los elementos de poder y, de un período de transición. Mientras, nosotros consideremos que lo esencial de la revolución social está precisamente en el papel de la masa de los trabajadores que, precipitada en el colosal proceso de destrucción social preparado por su propia experiencia histórica previa, puede al fin realizar libre, consciente y activamente esta sociedad libre.

LA PRODUCCIÓN

¿Cómo encarar la producción? ¿Será centralizada y planificada, como la práctica bolchevique o, al contrario, será demasiado descentralizada sobre una base federalista?

Es la más importante cuestión. Los autores de la Plataforma escriben: “las funciones de organización de la producción serán asumidas por organizaciones creadas por la masa de los trabajadores -soviets, comités de fábrica, etc.- Estas organizaciones ligadas entre sí mediante federaciones, dirigirán y organizarán la producción en las ciudades, las regiones y las naciones. Estarán estrechamente ligadas a las masas quienes la elegirán, controlarán y renovarán directa y constantemente”. Entonces la Plataforma acepta el sistema centralizado y mecánico, aportándole una sola corrección de elección.

Pero esto no es suficiente, no pensamos que cambiando el nombre administrativo por una elección, se cambia gran cosa; jamás se animará un proceso mecánico y muerto. Para nosotros, la participación de las masas de la población no debe limitarse únicamente a la función de “elegir”, sino que consiste en una participación directa e inmediata en la realidad de la producción, organizando ella misma el proceso productivo. Por principio no estamos en contra de los comités (comités de fábrica, comités de taller), ni contra la necesidad de un enlace y de una coordinación entre sí. Pero estas organizaciones pueden tener un aspecto negativo: inmovilismo, burocracia, tendencia al autoritarismo que no cambiará automáticamente aunque se aplique y se exija el cumplimiento del principio de elegibilidad. Nos parece que una garantía más segura reside en la existencia de una serie de otros organismos más móviles, hasta provisorios, creándose y multiplicándose según las necesidades que correspondan a otras múltiples necesidades humanas y a otras actividades. Así, además de las organizaciones de producción, habrá seguramente organizaciones de distribución, de consumo, de “hábitat”, etc. Todo esto representa una imagen más rica y más fiel de la complejidad de la vida social.

LA DEFENSA DE LA REVOLUCIÓN

Ahí está como encara la Plataforma este problema:

“En los primeros días de la revolución social, las fuerzas armadas están formadas por todos los obreros y campesinos armados, en fin, por el pueblo en armas. Pero esto sólo en los primeros días, cuando la guerra civil no ha alcanzado su punto culminante, y sus combatientes no han coordinado aún su organización militar. Pero a partir de estos primeros días, las fuerzas armadas de la revolución deben unificarse en un ejército de la revolución con su mando general y su plan general de operación. Esta organización de la lucha con la contrarrevolución, ya sea en frente abierto, ya sea en guerra civil, se encuentra bajo la dirección de las organizaciones productoras de los obreros y de los campesinos, aceptando su dirección política”.

Ahí vemos dos errores: uno técnico, otro político. El error técnico consiste en la siguiente afirmación: sólo un ejército centralizado es capaz de defender la revolución. Para evitar toda confusión, diremos que consideramos también como errónea la afirmación opuesta: sólo unidades aisladas, locales, sin enlace entre sí pueden garantizar el éxito de la revolución. Un mando demasiado centralizado que elabore un plan de acción general puede desembocar en catástrofes, pero acciones sin ningún enlace entre sí son también ineficaces. Los defectos del primer sistema son evidentes al no tomar en consideración las condiciones locales, la pesadez del aparato, el rechazo de toda iniciativa local o individual, la tendencia del centro a considerarse infalible, la prioridad de las especializaciones profesionales, etc. Los defectos del segundo sistema son todavía más evidentes.

¿Cómo resolver estos problemas y evitar estos defectos? Consideramos, sobre todo a la luz de la experiencia rusa, que lo esencial consiste en la participación armada de la masa de los trabajadores, no sólo en los primeros días, sino durante todo el proceso de acción revolucionaria. Es preciso insistir sobre formaciones locales, “partidarios” obreros y campesinos, con la condición de que su acción no quede aislada, fragmentada, sino que esté coordinada en una acción común. Y aún cuando la situación exige formaciones armadas más grandes, no es el mando central, sino la unidad combatiente que es esencial, al poder adaptarse más fácilmente a cada cambio de condición y, así poder aprovechar cada situación imprevista.

No hay que olvidar que en la revolución rusa, durante la lucha contra las fuerzas de la reacción: Denikin, Koltchek, Wrangel, etc., siempre y ante todo, fueron las unidades de partidarios quienes consiguieron la victoria, mientras que el ejército central, con su mando y su plan estratégico preestablecido, siempre era sorprendido y no lograba adaptarse. La mayoría de las veces el ejército rojo centralizado, llegaba tarde, y casi siempre para recoger los laureles, recompensas y glorias que correspondían a los verdaderos vencedores: los partidarios. Un día, la historia restablecerá los innumerables hechos en contra de la burocracia de centralización militarista.

Se nos podría preguntar cómo es posible defender la revolución social frente a una intervención extranjera sin un ejército sólidamente centralizado. Primero contestaremos que no hay que exagerar este peligro, pues la mayoría de las veces, esta expedición viene de lejos, con todas las dificultades que esto conlleva; segundo, que la revolución rusa tuvo una serie de intervenciones que fueron aniquiladas no por un ejército centralizado, sino por unidades de partidarios, por la resistencia activa de las masas, por la intensa propaganda revolucionaria dirigida a los soldados y a los marineros de las intervenciones.

En fin, recordemos que un ejército centralizado, con su mando central y “su dirección política”, tiene amplias posibilidades de dejar de ser un ejército revolucionario; se vuelve inconscientemente o no un instrumento de estancamiento, de reacción, de sofocación de la

verdadera revolución. Sabemos, por las enseñanzas de la historia, que así siempre ha pasado. El último ejemplo lo es la revolución rusa con su ejército rojo.

Nos sorprenden las posiciones de la Plataforma sobre el papel del ejército como “defensor político”, “arma contra la reacción”, etc. Consideramos que tal aparato no puede tener más que un papel negativo para la revolución social. Sólo el pueblo en armas, por su entusiasmo, por las soluciones positivas que proporciona a los problemas esenciales de la revolución (y en particular los relativos a la producción), es una muralla suficiente contra los “complots de la burguesía”; y si falta el pueblo, ningún “aparato”, ningún “ejército”, ninguna “tcheka”, pueden salvar la revolución. Sostener lo contrario es aceptar que los problemas de la revolución no interesan a las masas sino sólo a una capa política, y esto es una concepción típicamente bolchevique.

Como lo hemos subrayado más arriba, vemos que el esquema propuesto: organización dirigente (la Unión), que orienta a las organizaciones de masas (obreros y campesinos), que aceptan la dirección política, y están apoyadas en caso necesario, por el ejército centralizado disciplinado, todo este sistema no es más que un nuevo poder político.

ORGANIZACIÓN ANARQUISTA

Recordemos una vez más que también nos preocupa el problema de la organización, pues consideramos que la desorganización de los movimientos anarquistas causa un daño inmenso, y estamos convencidos de la necesidad de organizar las fuerzas anarquistas y los movimientos anarquistas. Como los autores de la Plataforma, nosotros también subordinamos el problema de la organización a los problemas ideológicos. Tres cuestiones se plantean cada vez que se consideraron los problemas de una organización: el método de creación, el fin y la esencia misma de la organización, y evidentemente la forma de ésta.

1) EL MÉTODO DE CREACIÓN DE UNA ORGANIZACIÓN ANARQUISTA

¿Por qué y cómo se plantea una organización anarquista? Es preciso comenzar por intentar comprender las más importantes causas de la desorganización entre los anarquistas. Para los autores de la Plataforma es claro y sencillo: entre los anarquistas existe un carácter “desordenado”, un “sentimiento de irresponsabilidad”, una “falta de disciplina”. Para nosotros, entre las numerosas causas que condicionan el estado de desorganización de los movimientos anarquistas, la más importante la constituye el carácter vago e impreciso de un cierto número de nuestras ideas de base.

También los autores de la Plataforma tienen consciencia de este hecho, más, igualmente hablan de “contradicción en la teoría y en la práctica”, de “dudas sin fin”, etc. Entonces, en el fondo, estamos todos de acuerdo sobre esta constatación, considerándola ya esencial, ya sea menos importante. Una vez admitido todo esto, existen dos métodos para resolverse esta cuestión:

– Tomar una idea como base, entre las “ideas contradictorias”, aceptarla como programa común (“unidad ideológica-unidad táctica”) e intentar reunir alrededor de este programa el más grande número de militantes, y si es necesario, reunirlos por cierta disciplina. Al mismo tiempo, todo lo que esté en desacuerdo con este programa debe ser excluido y hasta

rechazado fue del movimiento. En el camino, la organización así creada -“organización única”- profundizará sus propias ideas (al respecto hay compañeros que consideran que las ideas anarquistas son suficientemente claras);

- En el momento de hacer una organización seria, también es preciso aplicar todos nuestros esfuerzos para clarificar, profundizar y desarrollar nuestras ideas.

Ante todo es necesario que intentemos diluir las “contradicciones” en el campo teórico, e igualmente hacer un esfuerzo de organización que ciertamente, por su lado, ayudará al trabajo ideológico. Dicho de otro modo, organicemos nuestras fuerzas en el proceso de desarrollo y de sistematización de nuestras ideas.

Los autores de la Plataforma no se dan cuenta de que de hecho siguen el viejo camino para crear una organización a partir de los conceptos de una ideología y de una táctica única (pero artificial la mayoría de las veces). Crean una organización que sostiene en más o menos malas relaciones con las demás organizaciones que no tienen exactamente las mismas concepciones. No comprenden que este viejo camino desemboca inevitablemente en las mismas viejas consecuencias: la existencia no de una organización, sino de numerosas organizaciones que no están en armonía entre sí sino en lucha, aunque todos los anarquistas: cada organización pretende poseer la verdad profunda y única. Estas organizaciones están más ocupadas en polemizar entre sí que en hacer propaganda y ayudar a desarrollar el movimiento anarquista en general.

Los autores de la Plataforma hablan de la necesidad de tener una “unidad ideológica y táctica”, pero ¿cómo llegar concretamente a esta unidad? Ahí está el problema, y esta pregunta queda sin respuesta satisfactoria. El método esbozado no conduce a una unidad, muy al contrario, volvería todavía más agudas en nuestras filas las divergencias, las discusiones, hasta los odios. Pues este método se concreta al postulado siguiente: la ideología y la táctica de los autores de la Plataforma deben volverse sin discusión y al mismo tiempo sin razón válida, la “única”, la “verdadera” teoría y táctica. Pero esto no es un método anarquista. Proponemos otro método. Según nosotros, el primer paso hacia una unidad del movimiento anarquista, una unidad profunda, hacia una organización seria, es el trabajo colectivo e ideológico sobre una serie de problemas importantes, así como la búsqueda de una solución colectiva lo más clara posible. Para los compañeros que tienen miedo a las divagaciones intelectuales o filosóficas, precisamos en seguida que no se trata de problemas filosóficos ni de disertaciones abstractas, sino de cuestiones de actualidad que *están frente a nosotros* y a las cuales no damos, desgraciadamente, ni una respuesta clara ni una actitud adecuada. Por ejemplo, la cuestión de la tarea constructiva del anarquismo, la cuestión del papel de las masas y de la minoría consciente, la cuestión de la violencia, el análisis del proceso de la revolución social y el problema del período de transición, la vía hacia la sociedad libertaria, el papel de las organizaciones de los obreros, de los campesinos, de los grupos armados, las relaciones con el sindicalismo, las relaciones entre comunismo e individualismo, el problema de la organización de nuestras fuerzas, etc.

¿Cómo realizar prácticamente las peticiones que hacemos? Proponemos el método que consiste en crear, en cada país, un órgano impreso de amplia discusión, en donde cada problema que no está suficientemente claro, que es “agudo”, y hasta “tabú” en nuestra ideología y en nuestra táctica, sea examinado en todos los sentidos por compañeros cuyas concepciones son hasta diferentes. La necesidad de tal órgano impreso, así como de la discusión oral, nos parece absoluta, pues es el camino más factible para que los compañeros se acerquen entre sí de manera real y posible, con lo que se podrá llegar a la “unidad ideológica”, a la “unidad táctica” así como a una posibilidad de organización.

Hay, sin embargo, compañeros que rehúsan utilizar un órgano de discusión. Prefieren una serie de publicaciones en donde defienda cada uno su posición. Nosotros preferimos un órgano único, con la condición que permita a los representantes de todas las opiniones y de todas las tendencias anarquistas expresarse, definirse, acostumbrarse a convivir. Una discusión amplia y tolerante de nuestros problemas en un mismo órgano, creará una base de comprensión no sólo entre los anarquistas sino también entre las diferentes concepciones expresadas, pues el acuerdo ideológico y el acercamiento organizativo deben avanzar paralelamente.

2) EL PAPEL Y EL CARÁCTER DE LAS ORGANIZACIONES ANARQUISTAS

La cuestión del papel y del fin de una organización es fundamental. Sin una clara definición de esta cuestión no puede haber organización seria. Por otro lado, los fines de una organización se determinan en gran parte por su forma. Los autores de la plataforma atribuyeron como misión a la organización anarquista, el papel de dirigir a las masas, los acontecimientos, los sindicatos, y en fin, a las demás organizaciones. Constatemos que al yuxtaponer a la palabra “dirigir” el adverbio “ideológicamente”, no se cambia gran cosa pues esta posición de base en los autores de la plataforma surge de su concepción de un partido disciplinado como forma de organización. Más arriba tuvimos la oportunidad de precisar nuestra posición sobre este punto. Rehusamos cualquier idea según la cual los anarquistas deban dirigir a las masas, esperamos que su papel será sólo el de una colaboración ideológica como participantes y ayudantes de las masas, cumpliendo modestamente su obra social; hemos precisado ya esta obra: la palabra escrita y oral, el trabajo revolucionario de propaganda, el trabajo cultural, el ejemplo concreto y vivo, etc.

3) LA FORMA DE ORGANIZACIÓN ANARQUISTA

Sobre este punto, las contradicciones, las semi-confesiones, las vacilaciones en el lenguaje de la plataforma son características. Pero, a pesar de numerosas precauciones, su concepción aparece como una concepción típica de cualquier partido político: el Comité ejecutivo de la Unión Universal Anarquista debe, entre otras cosas, asumir la dirección ideológica y organizativa de cada organización particular, según la línea general de la unión, línea ideológica y táctica, y al mismo tiempo la plataforma afirma su fidelidad al principio federalista, lo que está en absoluta contradicción con las concepciones citadas más arriba, pues el federalismo quiere decir autonomía en la base; la federación a través de agrupaciones locales, regionales, etc., y en fin la unión de federaciones o confederaciones.

Cierta unidad ideológica y táctica es evidentemente necesaria entre organizaciones. Pero ¿cómo, por qué medio, y en que sentido? Aquí una vez más nos permitimos citar la resolución de la organización anarquista NABAT en la conferencia de Koursk: “La organización anarquista armoniosa en la que la unión no tenga un carácter formalista sino en la que los miembros están reunidos por concepciones comunes en relación a los fines y los medios”.

Los autores de la plataforma comienza por afirmar: “el anarquismo siempre ha sido la negación de una organización centralizada”, pero más adelante exponen con detalle el esquema de una organización perfectamente centralizada, con dirección ideológica y organizativa de las diferentes organizaciones anarquistas, las cuales a su vez deben hacerlo con las organización profesionales, de los obreros, etc.

¿Qué hay en todo esto de federalismo? Sólo se está a un paso del bolchevismo, un paso que los autores de la plataforma no se atreven a dar. Para los compañeros rusos, la analogía entre bolcheviques y “los anarquistas de plataforma” es de una evidencia asombrosa. Nada se cambia si la organización suprema del partido anarquista se llama Comité Ejecutivo en vez de Comité Central del partido, y ni aún si los llamaremos Secretariado Confederal. Lo que es ya más justo es sobre todo el espíritu que debe impregnar cualquier organismo anarquista como organismo técnico de enlace, ayuda e información entre los diferente grupos base y las diferentes federaciones.

Concluyendo, los únicos puntos originales de la Plataforma son: su revisionismo hacia el bolchevismo -velado por sus mismos autores- y, una aceptación del periodo de transición. Sobre el resto de su exposición la plataforma no presenta nada de original. Para los compañeros de otros países es menos evidente pues la publicación del material sobre la revolución rusa y sobre el anarquismo en Rusia es aún insuficiente y por lo tanto el conocimiento de los compañeros sobre estos acontecimientos también lo es. Así, puede ser que algunos acepten la interpretación de la Plataforma.

Sin embargo, pensamos que tal “aceptación” sólo podrá ser pasajera.

Por una parte, aún aceptando las proporciones de la plataforma, a la larga, el resultado no será el mejor. Por otra parte, al profundizar sus conocimientos de los acontecimientos en Rusia, la mayoría de los compañeros comprenderán mejor las perspectivas de la Plataforma. También estamos convencidos de que la discusión sobre la Plataforma permitirá disipar un cierto número de malentendidos. Pero hay que esperar netamente lo que es secundario de lo que es esencial. Los autores de la Plataforma subrayan que pueden existir algunas insuficiencias en su texto pero, dicen, esto se completará en el transcurso del debate. Sólo una cosa, no se trata de algunas insuficiencias, de algunos casos particulares, sino de la idea de base, de concepciones fundamentales, del enfoque de los problemas, del espíritu que ambiente todo el texto, posiciones que para nosotros son absolutamente inaceptables.

Sobol – Schwartz – Steimer – Volin – Lia – Roman – Ervantian – Fleshin. París, 1927.
(De la revista “Noir et Rouge” París 1968)

ANTE LA MUERTE DE VOLIN

REMEMORACIÓN

Algo tan conmovedor y puro en ciertas existencias de grandes figuras revolucionarias rusas, por ejemplo: Kropotkin, la Perowskaia, etc., que cualquier persona sensible no puede hacer otra cosa que inclinarse con fervor y respeto. El sólo hecho de renunciar voluntariamente a una vida fácil, llena de comodidades y placeres, para entregarse a una existencia azarosa y difícil, ya denota una calidad moral superior; pero, si además la continuidad de sus vidas jalona este punto de partida con una lucha tenaz y dura, a prueba de sacrificios, de fervor, de amor a una causa, de desinterés personal y defensa perenne de un concepto superior de justicia, entonces nos encontramos ante la formación de una verdadera individualidad, de un tipo humano superior. Pues bien, a esta estirpe de hombres pertenecía Vsevolod Eichenboum Volin.

Si una inclinación de esta naturaleza no es apariencia ni artificio, sino producto de un sentimiento profunda; si se sortean los escollos más terribles para propiciar la liberación de la clase más sufrida; si se sufren deportaciones, tormentos e infortunios sin la menor debilidad ni asomo de claudicación; si ante los avatares más difíciles, las situaciones más intrincadas, los mayores peligros, el individuo mantiene con firmeza sus convicciones y sus ansias de combate; si el pulpo tenebroso de la miseria invade años enteros un hogar formado por él, seis hijos y la mater dolorosa de su compañera, y ello no altera el ritmo de absoluta entrega a la defensa de unos ideales, de permanecer siempre en primera línea, de no abandonar jamás la pelea hasta que la muerte ha paralizado su corazón y ha cubierto de negra nube sus ojos… Entonces… es difícil juzgar si se trata de un caso de locura o de sublimidad en el sentido más puro de la palabra. Esa fue la trayectoria de Volin.

¿Qué extraña materia anida en lo íntimo de esas raras individualidades? Difícil resulta juzgarlas con acierto. Ello no puede hacerse teniendo en cuenta el nivel medio del tipo humano. Esas son vidas aparte, excepcionales, a quienes gran número de pasiones y deseos, de afanes y quimeras que preocupan e interesan al hombre corriente, a ellos les dejan indiferentes. Para apreciar un poco su contenido hay que dirigir el enfoque hacia dos direcciones: una íntima y otra externa. La primera nos habla de su psicología, de su sensibilidad, de sus pasiones, de sus sentimientos…; la otra nos muestra el mundo del exterior, el panorama social, el dolor humano, la sublevante injusticia, el perenne infortunio de la clase laboriosa… Ambos aspectos se funden y amalgaman en el interior del individuo formando la personalidad del luchador, del revolucionario. En el caso Volin esta diversa composición se convierte: en espíritu insobornable, en plétora de fuerza emotiva, en amor entrañable por el hombre, en capacidad de sacrificio, en poderoso deseo de superación humana, en afán inextinguible de lucha… Todo ello puesto al servicio del eterno motivo simbolizado por Prometeo en su combate contra titanes y dioses, en defensa de la liberación del hombre. Esta fue la ruta que voluntariamente siguió Volin, pudiendo afirmarse que sus actos, así como el contenido total de su accidentada y fecunda existencia, pueden paragonarse con las acciones acometidas por las figuras más recias y puras del revolucionarismo internacional de cualquier época o país.

ANTECEDENTES DE SU VIDA

Vsevolod Eichenboum Volin nació en Voroneza, Rusia, en agosto de 1872. Su padre y su madre eran ambos médicos que gozaban de una posición deshogada. El célebre matemático u poeta Eichenboum fue su abuelo, y Boris Eichenboum, el gran crítico literario ruso, su único hermano.

Vsevolod se graduó en el instituto “high school” de Voroneza, ingresando más tarde en la universidad de San Petesburgo. Sus estudios fueron brillantes, pero a medida que él iba dominando los problemas jurídicos sentía menos agrado por la profesión que había escogido, considerándola como un medio muy deficiente para mitigar los sufrimientos del pueblo ruso. Así, pues, cuando ya casi era abogado, abandonó sus estudios. Sus padres sostuvieron con él una lucha desesperada, pero su decisión fue irrevocable: rompió con ellos e ingresó en el Partido Socialista Revolucionario.

Su mayor deseo era el de elevar al pueblo a un mayor nivel de vida y de cultura. A este fin organizó círculos de obreros y campesinos, a los que consagró todo su tiempo y todas sus energías. Con la fundación de bibliotecas, la organización de escuelas y la creación suya de un sistema especial para la enseñanza de adultos cumplía el fin que se había propuesto.

Una de sus características más destacadas era la de practicar la propaganda personal. Dio centenares de conferencias, dirigió periódicos, publicó innumerables manifiestos. Cuando se le decía que debía escribir algo importante, un libro, por ejemplo, respondía invariablemente que lo primero era la lucha diaria, que cuando hubiera sobrepasado la edad de setenta años, entonces se dedicaría a escribir algo serio.

Jamás quiso recibir dinero de sus padres, ganándose la vida dando lecciones particulares. A tal fin, tiene un hecho que lo retrata de cuerpo entero. A la muerte de su padre heredó una suma importante de rublos. Lo primero que hizo fue entregar la cantidad integra al movimiento para que la aplicaran a la lucha revolucionaria. Larga y acalorada discusión sostuvieron varios compañeros para hacerle disuadir. Su contestación persistente y tenaz fue la de:

– ¡No son míos! ¡No me pertenecen!

Pero alguien, conocedor de la difícil situación que atravesaban sus familiares, hizo llegar a su compañera siete mil rublos que cayeron en el desmantelado hogar como agua de lluvia en tiempo de sequía.

RASGOS DE SU ACTUACIÓN

Durante largos años fue un activo inspirador del movimiento revolucionario. Su actividad y dinamismo no tenían tregua. En la febrilidad de la lucha se olvidaba de satisfacer las necesidades más elementales. Jamás tuvo un no ante las exigencias del movimiento. Amigos, familia, situación, empleos, todo era dejado de lado para acudir al lugar que se le designaba.

Intervino activamente en el movimiento revolucionario de 1905. Fue uno de los organizadores y miembros del primer Consejo de obreros y Campesinos. En el mismo año, estando al frente de la rebelión de Cronstadt, fue detenido y condenado a internamiento en la fortaleza de Pedro y Pablo.

Gracias a las influencias y gestiones de su familia dicha pena le fue conmutada por la de destierro perpetuo a las lejanas e inhóspitas regiones de Siberia. De allí logró fugarse pasando por Francia, después de correr incesantes peripecias.

Durante su estancia en este país, debido sin duda al efectuar un balance de sus experiencias, un contraste de lecturas y una lucha interior intensa, es cuando llegó a la conclusión de que el estado, sea quien sea su regente, jamás proporcionará libertad y bienestar al pueblo, declarándose, por lo tanto, anarquista. A partir de este momento consagró todo su entusiasmo y todo su saber a dicho movimiento, cuya causa sirvió y amó durante el resto de su vida.

Dados su temperamento y sensibilidad, es perfectamente explicable esta evolución. Detestaba en absoluto lo que no fuera una lucha franca contra los convencionalismos sociales; no podía soportar la existencia de la menor injusticia; cuando Volin hablaba del pueblo no se limitaba, como tantos otros, a expresar un mote artificioso o carente de sentido; amaba real y verdaderamente al pueblo; quería a la multitud que sufre y se gana el pan con el sudor de su frente. Como Pushkin, Nekrasov, Tolstoi, Dostoiewski, etc., sentía en lo más íntimo, con honda emoción y ternura, la liberación del pueblo ruso. El pueblo figuraba en el primer plano de sus amores, inquietudes y esperanzas.

Así, al estallar la primera guerra, luchó contra ella, siendo por este motivo expulsado de Francia. Con gran dificultad logró llegar a los Estados Unidos, donde actuó con los anarcosindicalistas

rusos, ayudándoles con sus trabajos periodísticos, conferencias, etc. Pero no permaneció allí mucho tiempo. En cuanto estalló la revolución rusa de 1917 fue de los primeros en regresar a su país. Inmediatamente, junto con otros compañeros, organizó la Unión de Propaganda Anarcosindicalista. Durante esta etapa desarrolló una actividad extraordinaria. Dirigió el diario “Voz del Trabajo” (Golos Truda), realizó una intensa labor de propaganda, tomó parte activa en la acción revolucionaria… En una palabra: vivió la revolución de octubre.

Al concertarse el trabajo de Brest-Litovsk se mostró acérrimo contrario al mismo, frente a la posición de los bolcheviques. El movimiento anarquista protestó contra tal posición, e hizo un enérgico llamado al pueblo para que luchara contra la invasión austro-alemana de Ukrania, Rusia Blanca, etc. Cuando Volin terminó de redactar este manifiesto dimitió su cargo de director del periódico, diciendo: “Cuando llame la multitud al combate, yo debo marchar con ella”. Y salió para el frente.

VOLIN Y EL MOVIMIENTO MAKHNOVISTA

Varios meses después de su partida los compañeros le rogaron que regresara para organizar la Confederación Ucraniana del “NABAT”. Este movimiento tenía por finalidad propiciar la unión de los anarquistas en sus diversas tendencias, para formar **un organismo combativo y creador**. Sin tardar regresó y se puso al frente del “NABAT”, dedicándose de nuevo y activamente a la propaganda. Durante este período tuvo gran fuerza en Ukrania la contrarrevolución, y el ejército de los campesinos capitaneado por Nestor Makhno, luchó desesperadamente contra la reacción. Precisamente, en aquellos días, se convocó en Elizabethgrado un Congreso de la Confederación, al cual, naturalmente, asistió Volin. A su regreso, él y un grupo de compañeros cayeron en poder de una banda contrarrevolucionaria, y ya iban a matarlos, cuando llegó a tiempo para rescatarlos el ejército de Makhno. Este era ya conocido de Volin, pero fue la primera vez que estableció contacto con sus combatientes, con el ejército de campesinos.

Pronto se encontró representado por el valor y el idealismo que encarnaba el movimiento makhnovista. Ingresó en el mismo, e hizo cuanto pudo por instruir, sobre muchos problemas, educándolos y haciéndolos dignos del ideal que representaban, a sus compañeros de lucha. Fue un combatiente activo contra las bandas de Denikin. Una vez hubieron exterminado a las fuerzas contrarrevolucionarias, los bolcheviques procedieron a la detención de las individualidades más activas del movimiento de Makhno, una de las cuales fue Volin. Por ello fue: ¡condenado a muerte! Pero gracias a la intervención de algunos viejos inmigrantes que figuraban como miembros del gobierno ruso, Lenin ordenó que no fuera ejecutado.

Más tarde condujeron a Volin a la prisión de Butirky, Moscú, donde permaneció hasta que Nestor Makhno se puso de acuerdo con los bolcheviques para combatir juntos contra los ejércitos blancos de Wrangel, cosa que Makhno aceptó con una condición: que se pusiera en libertad a Volin y otros compañeros, a la vez que se permitiera la celebración de un Congreso de Anarquistas Rusos en Karkov. Una vez aceptadas y firmadas estas condiciones por ambas partes, Volin fue puesto en libertad. Junto con otros compañeros organizó el Congreso, y dieron principio sus sesiones… Pero, de pronto, se produjo la segunda traición bolchevique. El permiso de celebración del Congreso no fue más que una burda patraña. En el mismo momento en que el movimiento contrarrevolucionario quedó aplastado, ¡todos los miembros que tomaban parte en las deliberaciones del Congreso Anarquista, entre ellos Volin, quedaron detenidos! Este fue de nuevo conducido a la cárcel en Moscú, donde declaró la huelga de hambre junto con otros compañeros.

Poco después el “Profintern” celebró su Congreso Internacional en Moscú. Esta oportunidad fue aprovechada por algunos delegados extranjeros, especialmente por los anarcosindicalistas, quienes protestaron contra la persecución que sufrían revolucionarios de mérito indiscutible y de conducta intachable como Volin y demás compañeros presos. Gracias a esta intervención se le puso en libertad, siendo expulsado de Rusia, su patria.

SU RETORNO A FRANCIA

Después de su expulsión fijó su residencia en Berlín. Allí continuó su tarea de siempre. Publicó el “Vestnik Anarquista”, “La historia del movimiento makhovista” y gran número de escritos en la prensa libertaria. Pero como su situación económica era mala, algunos compañeros creyeron que en Francia estaría mejor. En 1925 obtuvo permiso para entrar de nuevo en dicho país.

Instalado ya en París continuó publicando el “Vestnik Anarquista”, colaboró en algunos periódicos franceses, dio conferencias e hizo cuanto estuvo a su alcance, tanto en favor del movimiento como de los compañeros que necesitaban de su concurso.

Al empezar la segunda guerra se hallaba en Marsella. Se negó de manera terminante a inmiscuirse en guerras capitalistas. Para tal caso tenía una teoría personal. Razonaba así:

“Con la iniciación de la primera guerra en 1914 empezó la parte destructiva del sistema imperante. Este período destructivo puede durar decenios; cada nueva guerra será pero y más terrible que la anterior. Ello es y será así por el esfuerzo que en todo momento harán las clases privilegiadas por conservar sus privilegios. Así, por crítica que sea la situación, las fuerzas constructivas de la sociedad nueva nada tienen que hacer con tales guerras más que ir preparando a la multitud señalándose los enormes cambios que habrán de producirse: prepararla para la revolución social, enseñarle que el conjunto de riquezas existentes deben organizarse en provecho de toda la humanidad, indicarle la manera de crear un mundo más sano y mejor…”. Por esta razón nada se le había perdido tampoco en la segunda guerra mundial.

Fácil será imaginarse que residiendo en país extranjero, sostener una posición de esta naturaleza, había de ser extremadamente difícil. Efectivamente, sufrió, sin claudicar, una verdadera odisea. Fue perseguido insistentemente por la policía. Se encontró sin trabajo, sin hogar y con frecuencia sin qué comer. Sin embargo, estos momentos de verdadera penuria, eran aprovechados por Volin para encerrarse en cualquier biblioteca e ir escribiendo su “Historia de la revolución rusa”.

Por suerte, antes de salir de Francia a México, durante una breve estancia en Marsella, departimos algunos ratos con Volin. Fue allí donde nos leyó el manuscrito de su “Historia de la revolución rusa”. Es una obra bien escrita y un documento muy interesante. Se mostró muy contento de haber podido terminarla. Consideraba que dicho trabajo pondrá en conocimiento del pueblo las múltiples actividades, los hechos y los sacrificios que los anarquistas han hecho en favor de la revolución rusa.

Antes de partir le incitamos diversas veces para que nos acompañara, para que viniera con nosotros a México. Su contestación, indistintamente, fue:

– Aquello está demasiado lejos de la hoguera. Cuanto ocurra en un sentido revolucionario será en Europa. Por lo tanto aquí me quedo.

Jamás hubiéramos podido sospechar que fuera aquella la última despedida, pues la resistencia física y moral de Volin, su naturaleza de hierro y su firmeza inquebrantable, hacían pensar que era hombre capaz de desafiar a la eternidad.

ALGUNOS RASGOS DE VOLIN

Reproducimos el siguiente párrafo de su prólogo sobre la “Historia del movimiento makhnovista”, que es un tratado de pulcritud, de buen sentido y de honradez en materia historiográfica. Dice así:

“La epopeya makhnovista es demasiado grave, sublime y trágica, está demasiado fuertemente regada con sangre de sus participantes, es demasiado profunda, complicada y original para que se pueda uno permitir tratarla a la ligera, apoyándose, por ejemplo, en los relatos y testimonios contradictorios de diversos personajes. Exponer la materia, sirviéndose únicamente de los documentos, no es ya nuestro asunto, porque los documentos son cosas muertas que están lejos de reflejar siempre y plenamente la vida palpitante. Escribir sin fundarse más que en documentos será labor de historiadores futuros que no tendrán otros materiales a su disposición. Los contemporáneos deben ser, en relación con la obra, así como en relación a sí mismos, mucho más exigentes y severos, porque es justamente a ellos a quienes la historia hará sus reclamaciones. Deben de abstenerse de narrar y emitir juicios sobre hechos de esa importancia, si no han tomado parte personalmente en ellos. No deben tampoco dejarse seducir por los relatos y los documentos para “hacer historia”, sino más bien tomarse el trabajo de fijar su experiencia personal, si es que ella tuvo lugar. En caso contrario, correrían el riesgo de dejar en la sombra, o peor aún, de corromper el fondo esencial, el alma viviente de los acontecimientos y de hacer caer al lector y al historiador en un grave error. Ciertamente su experiencia personal no está exenta tampoco de inexactitudes y equivocaciones. Pero esto no tiene ninguna importancia en un caso semejante. Dar un cuadro real, vivo y sustantivo de los acontecimientos, ese es el punto capital. Yuxtaponiendo este cuadro con los documentos y los otros datos, será fácil rechazar ciertos errores secundarios. He aquí porqué el relato de un participante, de un testigo ocular de los sucesos es de una importancia especial. Cuanto más profunda y completa haya sido la experiencia personal, más importante y urgente es la realización de ese trabajo. Si además ese participante se encuentra, al mismo tiempo, en posesión de una vasta documentación y de testimonios de otros participantes, su relato adquiere una significación de primer orden”.

¿No tienen estas líneas el valor de un tratado práctico sobre historia? ¿No resultan un verdadero incentivo para leer con atención su “Historia de la revolución rusa”?

Otro rasgo característico:

Al estallar la guerra civil española, Volin se puso inmediatamente al lado del pueblo en armas. Al poco tiempo, el Movimiento Libertario y la C. N. T. le propusieron la dirección de un periódico que se publicaría en París. Entonces Volin estaba bien colocado percibimos un buen sueldo. Bastó una sola indicación para que abandonara el trabajo, dedicando todos sus esfuerzos a la publicación de “El Antifascista”. Pero tiempo después, al acordarse la colaboración gubernamental del Movimiento Libertario y de la C. N. T., le faltó tiempo para presentar su dimisión, no sin antes haber expresado su categórica opinión, señalando lo que él juzgaba de un grave error. Lo que dio lugar a que se quedara sin empleo y sin periódico.

La verdad es que Volin ha tenido una existencia tan fecunda y dramática, tan intensa y varia que sentimos honda pena al trazar este ligero diseño. Volin merece mucho más. Pero conocedores de nuestra limitación, vamos a dar a su silueta el último toque.

Jamás, en los días sombríos, en los momentos de penurias o de peligros, perdió su fe y su entusiasmo. En mayo de 1945, cuando ya estaba muy enfermo, después de pasar cinco años de hambre y de frío, en pleno agotamiento físico, nos escribió dándonos a conocer lo que pensaba publicar. En su carta nos decía: “Particularmente nada necesito; agradecería me mandaran una pluma estilográfica, pues por su falta me encuentro incapacitado para escribir, y que si nos parecía bien le mandáramos una cuota mensual para la publicación anarquista que tenía en proyecto”.

Esta fue la última carta que nos dirigió. Después supimos la amarga y punzante noticia de su muerte.

Eso es todo. La verdad es que con la muerte de Vsevolod hemos perdido a uno de los mejores y más puros idealistas que haya tenido jamás nuestro movimiento. Fue un revolucionario valeroso, un anarquista sin reservas ni claudicaciones y un gran amigo y compañero de cuantos tuvimos la suerte de conocerle y tratarlo.

Mollie Steimer
(De “Estudios Sociales”, No. 10, octubre 15 de 1945, México, D. F.)